Josefina Maynadé

AMONIO SACCAS



Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA

ÍNDICE

PRÓLOGO

Hace muchos años, en los albores de este siglo, cuando todavía el General Díaz sostenía su paz material en todo nuestro territorio, a la sombra de esta tranquilidad de espejismo, llegó a mi pueblo, un pueblito del Estado de México cerca de Toluca, un señor que llevaba la agencia y representación de la Compañía Singer de máquinas de coser. Iba a caballo de pueblo en pueblo, vendiendo en abonos, la mercancía de la casa que representaba y en la población que era donde yo vivía fijó su residencia y cuartel general. Vendía, también, aceites y refacciones para sus máquinas. Como permaneció algunos años entre nosotros, y en la mayoría de las casas había máquinas de coser, el buen señor tenía que ver con todo el mundo y entre otras cosas, se hizo amigo de mi padre. A la sombra de esa amistad, a pesar de mi corta edad, me colé entre las personas de su estimación.

El señor agente me hablaba de su niñez y de su juventud; entre nosotros llevaba el nombre de Pedro Vázquez, pero en realidad era egipcio y sus verdaderos nombres no los hubiéramos podido pronunciar, porque eran positivos trabalenguas para nosotros; y ello hubiera impedido, evidentemente, el buen desarrollo de su función comercial.

Había nacido en El Cairo, su niñez la pasó contemplando las aguas del Nilo, y en su juventud los azares de la vida lo llevaron a vivir en la ciudad de Alejandría. Y en esos primeros años juveniles le dio por convertirse en ratón de biblioteca. Así descubrió un volumen que traducido al castellano contenía una historia que tuve el privilegio de que me la diera a conocer, junto con el permiso de copiarla. Y yo, positivamente embelesado, la copié. Aún conservo el original de esa copia y me parece que tiene algo que ver con este libro que trata de “Amonio Saccas”, no porque sea precisamente parte de la historia de él – aún cuando bien pudiera serlo - sino porque sencillamente revela las costumbres de aquellos años, que probablemente es de unos dos siglos después de Cristo, y que precedieron a la aparición del neoplatonismo; nos enseñan también la forma en que guardaban sus tradiciones y sus conocimientos secretos, que para entonces no era posible que fueran revelados al vulgo en general, así como ahora todavía se conservan en secreto muchos conocimientos que no pueden ser dados a plena luz del día, porque pudieran caer en manos de gentes que no

les den aplicación correcta para el bien de la humanidad presente. Por ejemplo, es indudable que al hombre le hacen falta muchos conocimientos acerca de lo que son las leyes de la Naturaleza. Porque de los pocos que hemos logrado conocer; ¿Qué provecho le estamos sacando?. ¿A qué utilidad las estamos destinando?. Todos van a dar a nuestros Ministerios de Guerra. La energía nuclear, que podría servirnos para acabar con el hambre y la miseria, la destinamos a formar bombas que pueden destruir a toda la Humanidad. Y para completar la belleza del porvenir: el rayo láser y el cultivo microbiano, podrán concluir el panorama de desolación que una bomba nuclear pueda dejar. Así nuestros conocimientos, tan adelantados, nos pueden conducir al suicidio común de esta tierra que Dios nos confió para nuestro adelanto intelectual y moral, sobre todo moral.

Ojalá que nunca llegue ese día, que el corazón encuentre el camino de nuestra propia conveniencia, que se llene de amor hacia los demás, hacia la cultura que durante siglos hemos acumulado y sobre todo, hacia la habitación que es esta nuestra tierra, y que en este sinnúmero de estrellas la naturaleza nos proporcionó.

Pero en realidad el objeto de estas líneas no es lamentarnos por un futuro que quizás nunca llegue, ni criticar el presente, sino el estudio de enseñanzas que en el pasado fueron tan cuidadosamente conocidas, desarrolladas y sigilosamente guardadas.

El escrito que aquí transcribo, que mi amigo el egipcio me proporcionó, decía lo siguiente:

> ***"Había un hombre de relevantes virtudes, inteligencia clara y disposición amorosa hacia sus semejantes, que quería escalar alturas mayores en el conocimiento y la sabiduría humana. A tal efecto decidió, después de haber terminado una serie de estudios preliminares, seguir la carrera sacerdotal, por lo que solicitó y obtuvo permiso de admisión es una Escuela Iniciática de estudios secretos. Ahora lo encontramos parado en una hermosa terraza de piedra, perteneciente a un Templo situado en la colina de una montaña.***
>
> ***Este hombre, en su aspecto físico, era alto y robusto, de pelo y barba rojiza; la barba no terminaba en punta, sino que era cuadrada. Su piel era bronceada, la nariz recta, los ojos grandes y almendrados, de mirada profunda y de gran viveza. Llevaba solamente una bata larga color café y unas sandalias como de***

romano, que se amarraban con cintas que se entrecruzaban llegando hasta la rodilla.

Nuestro amigo, con paso firme, se dirigió hacia el interior de la habitación contigua al Templo que tenía una cúpula como de observatorio astronómico. Llegó a un salón donde lo esperaban dos sacerdotes vestidos con túnica blanca, con la cabeza rapada (el cráneo les brillaba), lo que no impedía que tuvieran también la barba cuadrada, como en el caso anterior. Como ellos se sentó en el suelo formando un triángulo los tres; uno de los sacerdotes tomó la palabra y en voz calmada y baja le dio instrucción y enseñanza, empleó mucho tiempo en ello, y al terminar siguió el sacerdote que en la misma forma continuó dándole instrucción y enseñanza durante largo tiempo. Al terminar se levantaron del suelo y uno tras otro caminaron. A la cabeza iba el primer sacerdote que habló, después el segundo sacerdote, y nuestro amigo era el último. Así abandonaron la estancia con paso sigiloso y de puntillas, volteando de un lado a otro la cabeza como oteando, recorrieron un pasadizo obscuro y luego empezaron a descender por una escalera bastante prolongada, atravesaron después un túnel también muy largo al final del cual encontraron yerbas que fueron apartando a un lado para pasar, y así llegaron a una terraza amplia e iluminada por la luz del día, donde había plantas y flores.

Entonces los sacerdotes mostraron al neófito varias plantas poseedoras de algunas virtudes, probablemente medicinales.

Llegaron a un saloncito iluminado con una tenue luz, como de luna, que no se sabía de dónde provenía, allí le acostaron en el suelo sobre una manta. Al quitarse la túnica se halló sin ropa alguna; le colocaron los brazos paralelos al cuerpo con las palmas de las manos hacia el suelo; un sacerdote se hincó a su derecha y el otro a su izquierda, a la altura de su cintura, quedando uno frente al otro sentados sobre sus pies. En esta postura le siguieron comunicando más conocimientos, más instrucciones y más cuerpo de doctrina en una forma excepcional. Esta forma excepcional consistía en que todo lo que el sacerdote iba diciendo era cantado en forma de salmodia. Y a su vez, el segundo sacerdote hizo lo mismo cuando terminó el primero.

Terminada la instrucción, se levantó nuestro amigo, se puso la túnica y salieron como habían entrado: los sacerdotes delante y nuestro amigo atrás, caminando de puntillas y oteando, sigilosamente. Regresaron a la terraza donde le volvieron a mostrar mayor número de plantas y así continuaron su camino hacia un nuevo lugar, que era como un Templo de gran amplitud, donde había sacerdotes colocados en tres círculos concéntricos, revestidos con túnicas y capuchones blancos, casi todos rapados de la cabeza menos el del centro que tenía una larga cabellera de pelo blanco; todos usaban barba cuadrada. Rodeaba a este sacerdote un círculo de sacerdotes que llevaban túnicas blancas con cinturón color rosa fuerte.

En este recinto había muchos hombres de diferentes tipos, más que monjes, estudiantes en proceso de serlo, unos de raza negra y otros de piel apiñonada. Había tipos que llevaban otra túnica de color rojo con una cinta de color dorado a la altura de la cintura, otros monjes se hallaban situados cada uno en la esquina del amplio local. Este Templo tenía muchas columnas, no estaba cerrado, y en los cuatro extremos había unos braceros en forma de jarrón, de donde salía humo producido por esencias preciosas. Estos monjes, los de las esquinas, vestían túnicas verdes, y eran los encargados de cuidar los sahumerios. El monje del centro cantaba pero alternaba el canto con el habla. Y este monje, que llevaba cabello, al tiempo que hablaba, los monjes cantaban quedito, casi no se oía nada, sólo un murmullo como una melodía, que los del otro círculo repetían en un solo sonido.

Al terminar, se levantaron y salieron primero el círculo de los últimos, después el siguiente. El señor del largo cabello es conducido por cuatro monjes como si fuera en procesión. Y lo llevaron a una sala especial, llena de numerosas alfombras. Es la única sala donde las hay muy pulcras, como todo lo que hay en esa sala donde llegaron. Había allí un sillón muy grande y muy alto, todo forrado con piel de algún animal, porque parecía afelpado y la apariencia no era tela sino piel.

Este ritual se repitió todos los días durante muchos años. La barba rojiza de nuestro amigo, terminó por ponerse blanca.

Así acabó su estancia y aprendizaje en aquel lugar.

Regresó al mundo y apareció con la misma indumentaria con que le vimos al principio de esta historia en la terraza".

Así termina la descripción del proceso de una iniciación que se atribuye a Amonio Saccas, o tal vez, cuando menos, a un individuo contemporáneo.

Mi amigo el egipcio, tenía también muchos papeles de los cuales algunos pude copiar que ahora guardo con mucho empeño y cariño, porque me será muy difícil, aún pudiendo lograr algunos volúmenes de la Biblioteca de Alejandría, dar con esos libros, leerlos y traducirlos al castellano.

¿Qué se hizo de aquél hombre de barba rojiza y cuadrada cuando salió del Monasterio, después de muchos años de estudio y preparación?. Según la usanza entonces, era como la de los Esenios: salir al mundo a predicar las enseñanzas que habían recibido y de las cuales no había un previo juramento de secreto, porque los secretos nunca pasaron al auditorio no iniciado. Hablaron siempre de moral y de conducta por las cuales aún suspiramos en pleno siglo XX porque hasta la fecha no hemos logrado ponerlas en práctica.

ABEL CÁRDENAS CHAVERO

INTRODUCCIÓN

Al prologar la biografía de esa gran Figura conocida como AMONIO SACCAS, *hemos de hacer constar, de nuestra parte, que el realizarla representa una auténtica aventura.*

Y es que apenas hay nada escrito con referencia al famoso filósofo neoplatónico de Alejandría. Porfirio, el biógrafo de su discípulo Plotino, dedica sólo a Amonio unas breves palabras, apenas ilustrativas, aunque sí orientadoras, que son las siguientes:

"Tenía Plotino a la sazón, 28 años cuando experimentó una verdadera fiebre (en su afición) por la filosofía. Frecuentó entonces los más renombrados maestros de Alejandría, mas de sus escuelas salía profundamente desazonado y triste. Y al comunicar en cierta ocasión su gran desengaño a uno de sus amigos que conocía a fondo la calidad de su espíritu, éste lo condujo a presencia de Amonio Saccas, al que todavía personalmente no conocía. Dijo Plotino en tal ocasión a su amigo: 'Es éste el hombre que yo buscaba …'. Y a partir de entonces, frecuentó su proximidad durante once años consecutivos".

En otro lugar de su biografía, hallamos la presente breve cita de Porfirio: "Heremio, Orígenes y Plotino mantuvieron estrictamente secretas las enseñanzas de su maestro Amonio".

Al final, hallamos otra breve cita al respecto, que transcribimos: "Nadie sobrepasa a Amonio …"

Todo ello, en verdad, nada concreta de la índole de su destacada enseñanza *y de su* sabiduría, *aunque sugiere su importancia. Porque lo curioso del caso es que en todas las citas mencionadas se realza el destacado influjo que ejerció ese aparentemente obscuro personaje en la vida y en la obra de Plotino, reconocido como completo y sabio filósofo. Al fundar y dirigir la Escuela Neoplatónico de Alejandría por insinuación del propio Amonio, es cierto que éste, le ayudó en su destacada obra. Es más; según tal biógrafo y otros comentaristas de crédito de aquella época, en las "Eneadas" libro caudal de Plotino, muchas de las enseñanzas del propio*

Amonio se hallan sustentadas en el sabio guión filosófico plotiniano, y de ahí su gran valor.

Después de muchos estudios y de innumerables meditaciones; después de seguir devotamente los ambientes y los pasos del misterioso Amonio, que nada dejó escrito más que a través, en todo caso, de sus destacados discípulos, hacemos constar en la presente biografía, no sólo la auténtica personalidad del humilde descargador del muelle de Alejandría, sino nuestro punto de vista respecto a la transmisión espiritual y la naturaleza de la filosofía del gran alejandrino.

El hecho es fundamental y ha realizado impacto en la historia de la alta cultura del mundo. A tenor de la decadencia espiritual y material de Egipto y con motivo del terrible incendio de la primera gran Biblioteca de Alejandría, en el triste trance de la conquista de Egipto por los romanos y fundada por los dos primeros Tolomeos la vida de tal Institución cultural, que trató de rehacer Cleopatra a fines del desdichado reinado tolemaico, llevaba una vida lánguida hasta que experimentó un curioso renacimiento con la vinculación espiritual que le imprimieron Amonio Saccas y su discípulo Plotino.

Y si este último conocía como nadie la esencia de todas las filosofías conocidas, así como las verdades herméticas; si le era familiar, en suma, el contenido de los textos sabios de la Biblioteca, ¿A qué fenómeno se debía, en el crítico período del último traspaso intercíclico, el impulso vitalizante, el renacimiento del gran centro cultural de Alejandría?.

Para nosotros, se debía a algo más que a la filosofía platónica o neoplatónica que dio nombre a la segunda Escuela. Se debía a que Amonio, como filósofo humilde y sazonado de auténtica virtud y sabiduría, obtuvo del Oráculo de Amón del Desierto Líbico, el poder y la investidura para dinamizar espiritualmente, de acuerdo con el requerimiento de los Padres Espirituales del momento histórico, los movimientos precursores de la amaneciente. Era cíclica. En una palabra: Amonio obtuvo por propio mérito el don de conferir el bautizo cósmico a los mejores y más preparados discípulos y que implicaba el descendimiento del Espíritu, la directa Luz, la comunión con las Fuerzas Universales.

Ese bautizo cíclico, de envergadura cósmica, lo recibió Plotino con otros discípulos escogidos y juntos, crearon esa labor premonitora, ese centro de acción espiritual que pudo dinamizar, en el crítico período de aquel traspaso intercíclico, el mundo del presente y aún del futuro.

Sobre el conocimiento de la mente superior, al que los filósofos griegos llamaron* nous*, ese descendimiento, que nada tiene de intelectual, sino de recepción o comunión directa, completaba al individuo de signo superior, sellado por el destino de su época.

De Amonio se sabe sólo por referencias, por alusiones, como dejamos anotado, que era de origen humilde y cristiano. Pero que por reacción propia, al colegir el trasfondo de la doctrina platónica, se afilió a ella. Sin embargo, no quiso abandonar su humilde profesión de faquín o transportador de bultos – de ahí su apodo "el Saccas" - del muelle de Alejandría. Andando el tiempo y debido sin duda a la confirmación de su grandeza, de su poder y por la misión sugerida por el Oráculo de Amón, el dios de Egipto, se le llamó el "Teodidacto" o "Enseñado por Dios".

Por ello, al iniciarse en Alejandría y en virtud de las facultades de Amonio, la segunda etapa de la famosa Escuela, adquirió una modalidad más ecléctica, más veraz y más mística, denominada también teosófica. Así que los afiliados a la Escuela se llamaban teósofos y filaleteos, "amantes de la Verdad".

Más sobre la actitud y el saber profundos, aportaron Amonio y sus discípulos a la Escuela, el vigilante Espíritu y como vehículo, la práctica de la* yoga real *o* raja-yoga *a la que denominaron occidentalmente,* éxtasis *en el que se sumían, según sus biógrafos, Amonio y Plotino. El* éxtasis *por ellos practicado, era fórmula de enlace y comunión beatífica del mundo manifestado con el reino de las eternas causas y de la felicidad suprema o* Nirvana *oriental.

No quisiéramos dar por terminada esta* Introducción *a la biografía de Amonio Saccas, incluida en la meritísima Galería de Grandes Maestros de la Humanidad debida a la feliz iniciativa del Editor de* ORION*, mi buen amigo Abel Cárdenas y de su esposa Silvia, sin citar algunos fragmentos del Preámbulo de la primera edición de mi* PLOTINO*, realizada por mi por insinuación del Editor mi padre, Ramón Maynadé y reeditada recientemente por los mentados editores mexicanos. Esa segunda edición, por mí revisada, ha aparecido sin el Introito de la primera ya que así, un poco desvestido y descargado de texto, me ha parecido más idóneo a los actuales requerimientos ambientales.

He aquí los mencionados fragmentos relativos a aquella primera edición de mi* PLOTINO *que, como verá el lector en la presente biografía, fue el más conspicuo discípulo y seguidor de Amonio Saccas:

"Mi padre sabe bien, por larga experiencia adquirida, que los lectores españoles e hispano-americanos, de índole más sentimental e imaginativa que los anglosajones, gustan por los por lo común y adáptanse mejor el fondo filosófico cuando aparece a través de la historiación de la ejemplar Figura que lo representa".

"Era, pues, preciso… desvelar de manera sugestiva el ambiente que gestó la forma peculiar en que se desenvolviera y encarnara, en un período dado de la historia, la eterna verdad innominada".

"Desde las cosas más comunes de la vida diaria, hasta la metafísica más trascendental, algo conmueve ahora las atávicas costumbres y rompe los viejos moldes mentales…".

"…Lo que no puede dar la profana historia ni sugerir los glosadores de la letra, halo traído el vuelo raudo de la imaginación, que unas veces es alocada y otras veces maestra y que en su fecundo proteísmo escruta y sabe Tagi lo que ni los anales ni las piedras han podido transmitir y que consiste en la Vida…".

J. M.

Capítulo I
EL “SACCAS”

A aquel individuo singular, descargador y recadero del muelle de Alejandría durante el siglo tercero de Nuestra Era, se le conocía sólo por “El Saccas”, apodo derivado de su profesión, ya que se ganaba la vida transportando constantemente bultos por la ciudad de Alejandro y doquiera se le veía cargado.

Nadie sabía su verdadero nombre, aunque sí se decía que había roto los vínculos con su familia, que eran cristianos. Así que se suponía que tenía nombre de pila cristiano, aunque él jamás lo confesó a nadie y parecía totalmente ajeno a su propio pasado porque nunca hablaba de sus padres, de sus posibles hermanos, de su familia, ni siquiera de cuándo nació ni dónde, aunque se sabía de cierto que era alejandrino.

Físicamente era un hombre insignificante, de edad indefinible. Aunque no era joven, se mantenía fuerte y vigoroso y pocos eran capaces de sobrellevar los fardos que transportaba por la ciudad desde el muelle de mercancías. Por ello era tan solicitado y estimado por los jefes de los distintos gremios, dueños de los almacenes y de los armadores todos del puerto.

Entre los filósofos y estudiantes del Serapion y su Biblioteca, gozaba el “Saccas” de una merecida reputación de filósofo natural, ajeno a toda escuela clasificada y reconocida. Al desprenderse de su formación primera y de su ambiente familiar, frecuentó el aula sabia y departió con los principales dirigentes de grupos y tendencias, consagrados a determinadas filosofías y a las especulaciones trascendentes, o sea, a la sabiduría antigua oriental y egipcia, a la filosofía griega continental, itálica, isleña y asiática. Y sin dejar su honrada y modesta profesión de faquín o transportista de fardos, dio fe muchas veces de conocimiento y capacidad de orientación de las almas cuando para ello era solicitado y se encontraba en plazas y sendas con alguien que le requería espontáneamente, para la solución de algún problema personal o filosófico.

Unos decían que por su espíritu de renuncia era estoico. Otros que por su estilo, su capacidad para dialogar y sus conocimientos de la dialéctica eran socráticos. Otros, por su habitual silencio, que era pitagórico, o bien platónico por su idealismo, su formación y vastos conocimientos. Otros lo tenían por

aristotélico, por su saber científico y especulativo y por su hábito de filosofar de pie o andando, como acostumbraban los aristotélicos. Mas en general se definía como serapiano y acaso de origen hermético por ser egipcio de nacimiento y por el natural esoterismo de sus convicciones.

Probablemente, siendo joven, el "Saccas" había frecuentado la relación con los esenios afectos a los cristianos, porque hacía gala de conocer ciertas reglas higiénicas y tenía conocimientos de medicina natural, y en tal sentido era, con éxito y muy a menudo, consultado.

Pero el caso es que el "Saccas" tenía a gala no llamar nunca la atención. Huesudo, un poco encorvado debido al mucho peso que habitualmente transportaba, era desaliñado en el vestir, aunque limpio. Su barba era rala e hirsuta, su pelo más bien corto y de reflejos rojizos. Pero sus rasgos puros de antiguo egipcio y el tono cobrizo de su piel y sus anchos hombros, le asemejaban a la casta de los coptos, quienes se tenían por puros descendientes de los primitivos egipcios y se hallaban por ello un poco al margen de la baraúnda de extranjeros de todas las razas y procedencias que pululaban por la ciudad. Y a quienes más desdeñaban los coptos, cosa muy natural, ya que los tenían por tranquilos invasores, eran a los griegos.

Los brazos del "Saccas" eran largos y nervudos, su tez y su despejada frente se hallaban surcados por profundas arrugas. Sus manos eran grandes y callosas, pero ágiles para todo movimiento. Vestía por lo común túnica corta y obscura, raída casi siempre y ceñía su cintura un amplio ceñidor de cuero del que pendían, a manera de posibles sujetadores de bultos y espuertas, cordales y tiras de cuero que llevaba terciadas a los hombros para liar y sostener los bultos que cargaba cuando los encargos eran numerosos y pesados…

A la sazón se hallaba el "Saccas" acurrucado, como era su costumbre, a la sombra del muro occidental del primer depósito almacén de mercancías del muelle, cuando acertó a pasar por ahí, sin duda intencionadamente, como acostumbraba, un recio armador y propietario de buques mercantes, de nacionalidad siria.

Al ver al humilde faquín del muelle, se le aproximó y dándole una palmada al hombro, díjole sin detenerse:

- "Saccas"; hay trabajo para ti y es urgente. Acabamos de descargar la galera "Misiana" de gran cabida. Se trata de valiosas vasijas de cerámica de Fenicia, de estatuillas de metal, de tejidos de Chipre y de cantidad de talentos de plata que distribuye el rey a sus favorecidos… Nadie más que tú puede transportarlo con garantía. Te espero en el tercer almacén. Ven pronto…

Cuando se disponía “Saccas”, ya en pie, al lugar convenido, palpó antes sus estros de trabajo, ordenó las ataduras y se presentó al jefe sirio.

Cargó nuestro hombre cuanto pudo y dirigióse hacia los barrios altos de la ciudad, donde parte de la mercancía debía ser depositada.

Fatigado y un poco nostálgico, se detuvo a descansar un rato no lejos del Serapión, la nueva Biblioteca que fundara Cleopatra, la última Reina del Sol, al ser destruida la anterior del Bruquión, barrio inmediato al puerto, al devorar las llamas la armada del general romano Julio César.

El “Saccas” recordó y frunció el entrecejo… Mas pronto se serenó, descargó lentamente los pesados bultos que acarreaba, los arrimó junto a la tapia de un bello jardín, a la sombra de unos árboles y se sentó a descansar, en tanto extraía de un zurrón oculto por un pliegue de su túnica una hermosa manzana en la que hincó su mellada dentadura.

Y en tanto comía lentamente la deliciosa fruta, contempló desde aquella relativa altura, con los ojos semientornados por la calina del ardiente mediodía, la vista de la ciudad.

Evocando al propio tiempo la accidentada historia de su amada Alejandría, oteó un buen rato el maravilloso paisaje desde aquella discreta y plácida eminencia.

Lejos ya, a su izquierda, aparecía el rico puerto de mercancías de donde saliera con sus bultos hacía poco, cargado hasta los topes. Y gozó viendo a distancia las numerosas galeras y barcazas con vela tendida o a medio mástil que, desde allí, parecían de juguete amarradas e inmóviles sobre las aguas transparentes del puerto, que ahora parecían limpias y azules. Y allende el ancho mar, contempló, más diminutas todavía, el prolijo enjambre de las barcas de pesca con sus redes tendidas, riqueza permanente de la población alejandrina. Y cerrando el puerto pesquero, siempre por el oeste, abarcó su mirada el puente que unía Alejandría con la Isla de Faros sobre cuyo enorme monumento de sillares escalonados, aparecía en lo alto el inmenso luminar que, mediante unas placas de metal bruñido, era, en la noche obscura, orientador y guía de navegantes llegados de lejos, anhelantes del abrigo del puerto… ¡Qué maravilla, aquella enhiesta arquitectura, símbolo de una gran urbe de altos destinos y de dos razas unidas que, bajo el amparo de los reyes lagidas, daban su mejor herencia a la humanidad de todos los tiempos! Y ello, a pesar de los desaciertos de aquella última dinastía tolemaica en la que naufragaron las heces de aquellas dos razas eminentes, la egipcia y la griega, en cierto modo antagónicas, víctimas de la tergiversación de sus mutuas tradiciones, de su sangre podrida, de sus vicios, de una civilización

antiquísima y decadente, camino de su extinción y de otra destinada a alumbrar, intelectualmente, la civilización que renacía…

No lejos de allí, admiró el Templo de Neptuno, el dios del Mar. Y sobre todo – maravilla única - dibujando la linde los ornados jardines llenos de flores y las villas de placer, la dulce curva de la bahía alejandrina y su playa de oro… En medio, adivinando el bullicio del que trataba siempre de huir el humilde filósofo, aparecía el Foro siempre repleto de gente y la maravillosa Puerta del Sol que presidía, sobre las regias escalinatas, el Cesareum, el gran Templo fundado por Cleopatra en cuya entrada se erguían, como centinelas perennes, dos inmensos obeliscos de granito rosa, a semejanza de aquellos que mandara izar antaño, frente al Templo tebano de Amón-Ra, la gran faraona Hashepsut, la más grande mujer de la historia, llamada, por su gran misión cíclica, el “Horus Femenino” … Desde allí, dirigió “Saccas” la vista a la dilatada rúa Canópica, que circundaba la bahía y se dirigía, repleta de carros y de vehículos de transporte, hacia oriente. Al fin alcanzó a ver, en una eminencia del terreno, el emplazamiento del túmulo de Alejandro Magno, fundador de la ciudad. No lejos de allí, aparecía el nuevo Gimnasio, con sus pórticos repletos y más lejos, extendiéndose hacia el fin, limitado por un brazo del Delta, el Campo de Marte con sus señaladas vías de deportes bélicos, sus pistas hípicas, sus carros armados y ya rozando el puerto oriental, los flamantes astilleros.

Luego, el humilde filósofo cerró los ojos y meditó. Meditó sobre los destinos originarios de aquella urbe en apariencia consagrada al placer y al vicio, torcidamente gobernada, destinada al enlace de superiores culturas, lugar de amistad y empalme de fraternales sabidurías, abrevadas en un mismo y único manantial oculto, destinada por el Fundador a convertirse en “Broche de Oro” que uniera a dos mundos incomprendidos: el oriental y el occidental. Y con la doble vista de su penetrante ojo intuitivo, vislumbró entonces nuestro filósofo, allí mismo, un índice insospechado de posibilidades futuras, irradiando doquiera el producto de esa suma gloriosa de conocimientos y de buenas voluntades. Y a pesar de la desaparición de la gran Biblioteca con sus setecientos mil volúmenes, algunos originales únicos, desaparecidos irremediablemente cuando la conquista romana de la ciudad en tiempos de Cleopatra, fue reconstruida, aunque fraudulentamente por esa veleidosa faraona que lamentó amargamente toda su vida aquella incomparable pérdida primera y que remontó a sus expensas la segunda Biblioteca en el Serapión, el barrio alto, muy cerca de allí donde descansaba el “Saccas”.

Casi en voz alta, ratificando sus propios presentimientos, murmuró el humilde filósofo: "Nada esencial se pierde. Todo se halla vigilado y protegido. Sólo desaparecen las formas, no el espíritu que las anima. Lo mejor de aquella primitiva Biblioteca, orgullo del mundo sabio, fue copiado o antologizado por los cultos amantes del saber eterno. Y si algo se perdió de ella, fue debido a que la humanidad todavía no habría podido asimilar convenientemente sus enseñanzas. Acaso eran prematuras, como las otorgadas por Hermanos Mayores a aquella otra gran civilización atlante, cuyo continente se hundió en la sima del gran mar, con sus venerables testimonios de altísima sabiduría, sus talismanes, sus incunables, sus monumentos, sus instrumentos sagrados. La humanidad no estaba todavía preparada para su conveniente asimilación y por ello perecieron. Es ley de los ciclos civilizadores … Pero esta vez, en el albor de un más breve ciclo civilizador, no ocurrirá así. Hay que tener fe en los destinos de la humanidad…".

Entonces, instintivamente, se volvió, sin salir de su profunda meditación. Y con los ojos cerrados, añadió: "¡Qué gran caudal de sabiduría arrastraron tus aguas sagradas, Padre Nilo, a través de los milenios, tú, que recogiste el mejor fruto, la mejor herencia del remoto pasado!". ¡Al derramarte en el Mediterráneo, animarás y fomentarás otras civilizaciones!".

En aquél momento, alguien colocó la mano sobre su vuelta espalda, al tiempo que a su oído, una voz decía: "Saccas", tienes razón en todo. Pero ahora descansa, que bien mereces esa breve estadía aquí, y más merecido aún tienes lo que vengo a proponerte…".

El humilde filósofo del puerto, se levantó entonces y vio ante sí erguirse también a un anciano sacerdote egipcio con su luenga veste talar, su tummin talismánico pendiente de su pecho, su cruz ansata de oro en la mano, el estilo de su pañuelo cubriendo su cabeza …

En aquel momento, levantó su cruz el recio, alto y anciano sacerdote y díjole al "Saccas":

- Vengo a proponerte el bautizo de la Era que nace y la investidura de abridor de almas que te será conferida. Vengo…

- ¿En nombre de quién? – Le atajó el "Saccas", mirando al recién llegado de hito en hito.

- Del oráculo de Amonio, el Templo del gran Dios, del Oasis del Desierto Líbico.

Saccas lo miró entonces detenidamente. ¡Cuán insignificante aparecía nuestro filósofo externamente, ante la majestad del aparecido sacerdote de Amón, doblado aún por el peso que sobre él gravitaba!. El mismo se daba

cuenta de ello. Así que, con la espalda semidoblada, se aproximó más al anciano sacerdote, besó su sagrado tummim[1] y así humillado, dijo al recién llegado:

- ¡Habla, ministro del gran Dios egipcio!. Pero antes, asegúrame: te manda…

- Sí, el Espíritu del Sol. Vengo de lejos, de donde el físico Sol tramonta… Y vengo a buscarte, por El mandado…

Aquí endulzó la voz el sagrado mensajero y aproximándose más al modesto transportador de bultos del puerto, añadió:

- Dime, buen "Saccas": ¿Cuál es tu verdadero nombre?.

El aludido hizo una extraña mueca y respondió después de una pausa:

- Me he esforzado por olvidarlo. No era el mío verdadero y por eso… Me llaman lisa y llanamente el "Saccas" y dentro de mi línea filosófica, considero el apodo mi mejor nombre. Quisiera seguir siendo el filósofo humilde que gana su sustento con el sudor de su frente. Por otro lado, departo con aquellos que buscan la luz, y procuro encender su lámpara…

El buen sacerdote suspiró y dijo:

- Yo no he venido a ti más que como mandatario del Dios que todo lo sabe. Ven conmigo…

El "Saccas" se volvió y fijó su mirada en los bultos arrimados en la tapia cercana…

- No dudes – repitió el anciano sacerdote. En medio de la tremenda noche de las almas, Amón divisó tu lámpara encendida y me envió a buscarte.

El "Saccas" replicó, aún.

- Hay quien confía ciegamente en mí. Soy depositario de bienes y de confianza… He de llevar estos bultos a su destino…

- Otros te suplirán, cuando desaparezcas. Pero ahora, te acompañaré. Luego emprenderás el viaje conmigo.

El "Saccas" se agachó, sin decir palabra, lió de nuevo el resto de sus fardos y los cargó sobre sus espaldas.

En silencio, faquín y sacerdote, emprendieron la marcha…

[1] Collar sacerdotal, de poder talismánico.

Capítulo II
LA CRISIS INTERCÍCLICA ARIES-PISCIS

El traspaso del signo de Aries en el equinoccio primaveral, al signo de Piscis, conllevó serias transformaciones, aún ideológicas y espirituales, para el mundo.

La característica del signo de Aries, que siempre ha representado la cabeza, ya que es el primer signo del zodíaco, tiene por distintivo, ya que lo sella la triplicidad de fuego, el impulso, el comienzo, la conquista, la transformación, el poderío, la hegemonía en todo. Así fue en verdad el período ario, ya que en ese ciclo se gestó la civilización occidental que hoy, aunque transformada por la ley adicional del anterior y del nuevo signo amaneciente, nos sustenta. Fue, por tanto, un período de conquistas, de migraciones, interferencias, luchas, actitudes, en fin, que siempre redundaron, aún sin proponérselo los ejecutores, en un plan de expansión de los principios superiores, siguiendo la divisa hermética, que fundamentaron entonces la civilización occidental.

La última gran manifestación de ese período, fueron las conquistas de Alejandro Magno. Y debemos confesar que tuvo razón el oráculo de Amón que, inmediatamente de pisar Alejandro al frente de su ejército las tierras africanas de Egipto en plan de conquistador, díjole el Oráculo al augusto visitante que el mundo se postraría a sus pies y que se considerara, desde aquel momento, hijo del dios.

Ello no obstante, hemos de apuntar que a través de diversos ciclos, todos tendientes a que Egipto, el Egipto milenario, diera tan dilatado mensaje civilizador al mundo, el de Aries representó un cambio radical en sus estructuras tradicionales. Por ejemplo, el primitivo matriarcado que daba la primacía a la mujer y a los principios espirituales y amorosos en su religión, derivó en los albores de dicho ciclo en la primacía del gobierno de varones fuertes anhelosos de conquistas. Ese torcimiento del mandato originario de la dilatadísima civilización egipcia, señaló la decadencia de su misión y el paso de su hegemonía espiritual a occidente, o sea, a Grecia, que inició la civilización europea.

Siempre, en los períodos de traspaso cíclico, las artes y la literatura, como las costumbres y la sociedad en general, patentizan la profunda crisis del caos que los caracteriza.

Desde el punto de vista exterior y visible, en el decurso de tales períodos de traspaso, se adelgazan los principios morales y espirituales y todo deriva hacia lo decadente, breve y menguado. Lo mismo ocurre en las ciencias, artes, literatura, etc. Sobre todo, los síntomas más elocuentes del anterior traspaso, se hicieron patentes en Alejandría, que centró todo el período de traspaso, en las bellas artes, definidas en la historia como período helenístico y que alcanzó a lo literario y también, como ocurre siempre, a lo social y que altera las costumbres.

En todos esos mentados períodos de traspaso entre dos Eras de distinta tónica astral, aparecen los síntomas caóticos en toda sociedad constituida. En el aspecto positivo, se tiende a la síntesis en todo conocimiento y expresión admitidas y tradicionales. A veces, parece que todo se desmenuza y pervierte y aún que se borra. Mas no es así. Todo se sujeta a la crisis del tránsito mencionado.

Ya hemos dicho que la literatura se concreta en forma breve o de compendios: idilios, relatos, epigramas, anécdotas. Existe también un síntoma curioso: el auge del criticismo. El valor de la discriminación que impera en todos los campos de la expresión del saber y de la vida. En literatura se tiende a rectificar y completar a los clásicos sin poseer el aliento, la enjundia, la grandeza y la reciedumbre de ellos. Lo mismo ocurre en las artes plásticas: se imita a los grandes artistas del pasado, sin poseer, tampoco, su genio creador ni su fuerza expresiva.

Así, en el mentado período helenístico o alejandrino se reproducen las estatuas clásicas en tamaños breves. Se hacen las esculturas, por decirlo así, domésticas e íntimas. Se crean las ***tanagras*** y las ***mirinas,*** que se hacen famosas doquiera; la pintura invade los campos decorativos; se intensifica el cuidado de la persona y del hogar. Los baños públicos se hacen privados. Se incrementan las artes culinarias y bebescibles, como el confort. La vida se centra más en la intimidad. En suma, la tónica de todo traspaso, se ejemplariza, como si dijéramos, en aquellos Mercurios o Hermes, el mensajero de los dioses, agente de los traspasos, semejante al Vishnú de la teogonía inda, el "Conservador". Ya que ese dios Mercurio y el planeta que representa, como lo han definido los griegos, preside las artes menores, la palabra crítica, las artes aplicadas a la vida, como los vasos, hidrias, ánforas, lecitos, todo en materiales perfeccionados y a gran escala, como las joyas, la

glíptica, los camafeos, los talismanes de arte, los sellos privados, los medallones.

En cambio, en política (de ***polis,*** numerosos ciudadanos) se advierte, entre mandatarios y subordinados, un notable y creciente desajuste, el caos y confusión entre las clases sociales, las rebeliones intestinas, los espionajes, la absorción de poderes, el despotismo y la pérdida aparente de mentalidades aptas visibles.

El acercamiento entre oriente y occidente es otro fenómeno enormemente elocuente, de tales traspasos. Situada Alejandría precisamente en el punto clave geográfico de su unión en el extremo occidental del Mar Mediterráneo y a las puertas de oriente y bañando la ciudad las aguas mismas del sagrado Nilo, símbolo de una altísima civilización varias veces milenaria, y que era resumen de todos los auges y civilizaciones del mundo, la ciudad de Alejandro se levantaba sobre la antigua aldea faraónica de Racotis, famosa antaño como residencia de placer puesto que allí pasaban los reyes y sus familias, como los cortesanos y palaciegos, los veranos del fresco Mediterráneo, huyendo de los calores excesivos y del ardoroso polvo de los vientos del desierto.

Al conquistar Egipto el general macedonio, quiso poner su nombre a la ciudad naciente dotándola con magnificencia. Como sea que Alejandro tenía conciencia del mandato cíclico de los astros, quiso obedecer las insinuaciones de los sacerdotes del país a quienes acató sumisamente y se trasladó al Templo Oracular de Amón, en pleno Desierto Líbico. Allí le otorgaron las fechas más propicias de la fundación de la ciudad, como moderna capital de Egipto ya que el dios deseaba bendecir su creación.

De ese modo, en el momento anunciado, hizo levantar Alejandro un altar en la parte alta del emplazamiento y que representaría el centro de la circunferencia de la urbe naciente, la cruz que dividía el círculo, tomando por base el lema-banderín de todas las ciudades fundadas por los dioses. Los cuatro sectores serían sede de las cuatro castas máximas. En cuanto al arco que rozaba el norte, consagrado a los mílites o guerreros, fue elegido para que el propio Alejandro, al frente de sus tropas, se postrara, manteniendo un general silencio, que fue bautismo y bendición descendida. Entonces se oyó un coro misterioso que recitaba un verso mágico. A través de la Palabra o Logos, descendía visiblemente, ante el pasmo de los videntes, el ave sagrada del Espíritu Santo, impronta de la acción divina sobre aquel lugar elegido y consagrado. Y dicen las crónicas que todos los presentes se dieron cuenta del

trascendental fenómeno y de la fuerza y bendición descendidas y tuvieron fe en el porvenir y en la protección divina sobre la urbe electa.

Y así fue en verdad. Y aunque Alejandro, el Fundador, no lo vio con los ojos físicos, la obra realizada por sus conquistas no sólo en el ámbito continental de Grecia y sus colonias, comprendiendo la gran zona isleña y la asiática, sino Italia, África, Asia hasta la India, todo el mundo civilizado, recibió por tal causa el impacto de la sabiduría griega transformando las costumbres, la legislación, la pedagogía, la filosofía, la religión y el concepto básico de la vida con una nueva actitud de comprensión, de hermandad y de tolerancia.

Y todo se centró en torno de aquel lugar de privilegio que bañan las azules ondas del Mar Mediterráneo, predestinado como cuna de las más importantes civilizaciones del mundo.

Alejandría, la sede electa, fue en verdad una urbe ideal, famosa no sólo por su Biblioteca más tarde, sino por ser una ciudad populosa, bellísima, plena de jardines, de grandes edificios, de estatuas, de amplias y cuidadas sendas, con la curva perfecta y dilatada de su bahía única, sus puertos naturales que la ciencia urbanística mejoraría y sobre todo, su condición de ser un centro total de cultura, amplio y libre, donde hallaran cómoda acogida las más preclaras inteligencias del mundo y estadía las almas mejor dotadas ... Fue por todo ello Alejandría, en suma, la reina intelectual y espiritual del mundo conocido.

El anhelo de Alejandro se cumplió y también se iba cumpliendo el superior mandato de los astros. En Alejandría hallaron feliz acogida y comprensión, en cierto modo, primero, escritores y artistas. Así, Calímaco, aunque nacido en Cirene de África, pudo cultivar allí las bellas letras bajo el reinado de los Tolomeos y se convirtió en el más destacado poeta de su generación, a pesar de su profesión de gramático y pedagogo. Contemporáneo suyo y reconocido también como destacado poeta, fue Apolonio de Rodas, embajador y retórico, que halló su máxima formación entre los medios intelectuales estimuladores de Alejandría. De él fue discípulo el propio Cicerón. No menos destacó Teócrito en la especialidad de los bellos idilios y tuvo por famosos imitadores, en el género, a Bión y a Mosco. Semónides, Leonidas de Tarento, y Asclepiades, desmenuzaron la literatura de imaginación en celebrados epigramas a los que dio especial ternura y calor orientales, su seguidor, Meleagro de Siria.

Más tarde, las bellas letras derivaron en glosa histórica a través de Plutarco, Luciano y Polibio, siguiendo la trayectoria de Tucídides. En tal

sentido ha quedado la gran huella historiográfica del mundo a través de ellos, en su época.

Más tarde aún, aquel impulso literario dio pábulo a la llamada novela a través de aquella tan destacada biografía de Apolonio el tianeo, debida a la pluma de Filostrato y realizada por éste por encargo de aquella intelectual emperatriz Julia Domna, esposa de Septimio Severo y que se hallaba en posesión del diario de Damis, discípulo y compañero de Apolonio. Y esta tendencia novelesca o que por tal se tuvo por los actos taumatúrgicos que en el relato campean, derivó en la famosa novela de “Dafnis y Cloe”, glosa de las costumbres pastoriles amenizadas por cierto libertinaje muy propio de la época.

Todas esas artes literarias, al ser divulgadas, crean el impacto en el que todas sus formas, así positivas como negativas, favorecen los traspasos, aunque, en realidad, apenas nada construyen.

Lo más significativo de tales épocas, en el caso de Alejandría ocasionado por la decadencia tan manifiesta de la dinastía tolemaica, y que corearon secuaces y ciudadanos, alterando el orden moral y los influjos creacionales, fue a nuestro ver, la importancia que, como contraste, cobró allí la filosofía y el esoterismo, el acendrado estudio y la tolerancia religiosa al comienzo. Todos esos valores realmente positivos, se debieron al influjo de la llamada Escuela de Alejandría cuya segunda etapa como Escuela Neoplatónica de Alejandría se debió a la presencia de Amonio Saccas y de Plotino preferentemente, que dieron a esa segunda Escuela, personalidad, misión y relevante influjo.

Esas repetidas crisis e impulsos que caracterizan los traspasos, repetidos en cierto modo, salvando lo distintivo de cada signo o signos, es de lo que vamos a hacer mención: del esfuerzo de los pocos realmente conocedores para salvar las semillas de las verdades eternas y brindarlas al conocimiento de las generaciones futuras.

Ello da idea de que existe una ley superbiológica que vela por el mantenimiento de esa herencia eterna, a cada ciclo renovada, apta para servir de alimento espiritual a la nueva humanidad.

Eso es lo que representó la Escuela de Alejandría, sobre todo en su segundo avatar, bajo el patrocinio sabio de Amonio y Plotino.

El caos convulsivo, propio de todo período de entre-eras, tuvo en el anterior traspaso su sede en Alejandría. Nuestra misión es destacar la contraparte positiva de su dádiva oculta y cómo se salvó la sabiduría antigua,

cómo se transfirió la herencia y experiencia espiritual del pasado al futuro salvando el eterno presente...

Capítulo III
LA FAMOSA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

El gran vehículo espiritual del traspaso cíclico Aries-Piscis, o sea, el interesantísimo período último entre-eras, anterior al que estamos viviendo de Piscis-Acuario, se caracterizó por la denominada Escuela de Alejandría, bien determinada en sus dos períodos o avatares: el primero, como Escuela de Alejandría, simplemente creada por el primer faraón de la dinastía greco-egipcia llamada de los lágidas, porque fue fundada por un general de Alejandro llamado Lagos.

La primera Escuela de Alejandría, se debió, pues, a Tolomeo I llamado “Soter” o “Salvador”. Obediente a la llamada de los astros, ese primer monarca tolemaico, quiso fundar esa sabia institución y dotarla generosamente.

Entonces, eligió el populoso y aristocrático barrio del Bruquión, lindante con el puerto militar y de recreo, en el centro mismo de la ya populosa y bellísima urbe de Alejandría. Allí mandó erigir un soberbio edificio todo de mármoles de distintos colores y lo consagró al fomento de la cultura del mundo, en torno del acervo intelectual más notable: la Biblioteca cuyos abundosos anaqueles en tan notable edificio tenían su sede, brindándose a las ansias de saber de los allí acogidos.

Esa inmensa Biblioteca-Archivo del saber de las edades, contenía los más sabios y raros libros de la antigüedad. Ese incomparable atractivo y la generosa filantropía del monarca “Soter” atrajeron al aula magna de la Biblioteca del Bruquión, a todos los anhelosos de saber del mundo conocido, tras los cuales, acudió un auténtico enjambre de hábiles copistas cuya profesión era allí generosamente retribuida y ensalzada ya que competían ellos en reproducir obras únicas y fundamentales que constituían el incomparable tesoro de aquella Biblioteca.

Toda la sabiduría del antiguo Egipto, de las más preclaras Escuelas anexas a los Templos, los tesoros tradicionales de oriente y del Asia menor, a base a menudo de originales únicos, se vertieron en aquellos anaqueles que hacían de la Biblioteca y del medio que la albergaba, la sede de los sabios del mundo conocido.

Esa investidura intelectual y teosófica así de oriente como de occidente y ese núcleo de estudiantes que se iba sucediendo allí, daban muestra al mundo de los requerimientos de los nuevos tiempos.

Según datos de la época, contenía la Biblioteca 70.000 volúmenes, algunos de procedencia única, misteriosa y antiquísima, como aquel famosísimo intitulado “Espejo del Futuro” que se decía había llevado a Egipto, en tiempos de su fundación, el gran sacerdote-astrólogo atlante Asuramaya y que contenía toda la historia de la humanidad, desde los orígenes del mundo hasta la última raza, con sus gráficos correspondientes.

Ese sabio contenido de la famosa Biblioteca, tuvo, en verdad, numerosos adoradores y estudiantes que extrajeron de aquellos códices únicos y rarísimos, papiros, incunables y pergaminos, bloques de arcilla y tratados inscritos en materias vegetales y animales en forma de escrituras o símbolos al punzón, pirograbadas o escritas, a menudo jeroglíficas, pero siempre sabias, el alimento intelectual, filosófico y trascendente de la humanidad.

Entre los más ansiosos de poseer lo mejor de aquel caudal de sabiduría se hallaba el rey de Pérgamo Atalo I, contemporáneo del tercer monarca Tolomeo apodado “Evergetes” o “Benefactor” de Alejandría.

Acogido a las generosas leyes de hospitalidad, ese intelectual monarca pergamita, logró incrementar el acervo cultural de su propio país, creando en él, a base casi toda de copias de la Biblioteca alejandrina, otra notable Biblioteca en Pérgamo, que incrementaron sus regios sucesores. Cuentan las crónicas que tanto el primer Atalo de Pérgamo como el segundo y el tercero, coadyuvaron activamente a incrementar el acervo cultural de su país. Pero según parece, tenía la primacía en esa obra, Eumenes II quien, seguido por su hermano Atalo II fueron los que mayormente intensificaron el número de los volúmenes del gran país del Asia Menor y de su famosa Biblioteca pergamita. Del nombre de esa capital del reino tomaron nombre los llamados y extendidos pergaminos, ya que, según parece, tales ilustres monarcas impulsaron ese medio de transcripción de los famosos volúmenes sabios, por su garantía de permanencia, facilidad de exportación y hermosa presentación.

Los monarcas sucesores de los Eumenes y Atalos, cuidaron mucho de la conservación de su acumulado archivo del saber fundado por sus cultos progenitores, aunque en tiempos del predominio romano, Pérgamo no fuera más que una provincia sometida al águila imperial de Roma.

Cuando, al fin de la dinastía tolemaica de Alejandría, reinando en ella la famosa y casquivana Cleopatra, fue incendiada la gran Biblioteca-Museo del Bruquión de Alejandría, al quemar los sitiadores de César las naves ancladas

en el puerto, Cleopatra, desesperada al contemplar cómo las llamas asolaban la más preciada joya que le legaron sus sucesores, afirman las crónicas que lloró amargamente esa irreparable pérdida y que siempre llevó en el corazón la desgarradura del incendio de la famosa Biblioteca.

Por ello y valiéndose de la hegemonía como amante de los dos generales romanos, pensó al fin obtenerla a través de sus malas artes. Y al fin logró, en su doblez y astucia, en los momentos alucinados de su ardiente amor, que Marco Antonio le prometiera apoderarse, por todos los medios, de la Biblioteca de Pérgamo, en sus orígenes hija de la desaparecida de Alejandría.

Cleopatra, la última Reina del Sol, poseía, como hemos indicado, una doble personalidad muy acusada. De jovencita, había sido esmeradamente educada por filósofos y pedagogos griegos y conocía perfectamente la tradición y la historia profana, así como oculta y religiosa, de su país de Egipto, de Grecia y del mundo entero. Se hallaba, como complemento, en posesión perfecta no sólo de sus lenguas propias, el egipcio y el griego, sino que conocía todas las lenguas de los países que constituían, en cierto modo, colonias o posesiones greco-egipcias-romanas. Así que, sin ayuda de intérpretes, podía entenderse directamente con sus delegados o emisarios y pactar con ellos. Entendía, esa reina complejísima, de intercambios comerciales y conocía muy bien el auge y esplendor o decadencia de los elementos productivos de cada país y su conveniencia en Egipto. Conocía, además, los distintivos de todas las naves que acudían a los puertos de Alejandría, las mercancías que llevaban y su capacidad de transporte y de intercambio comercial. Y conocía a los seres que llegaban a su país anhelosos de conocimiento: poetas, oradores, matemáticos, astrónomos, filólogos, filósofos investigadores de toda índole y anhelaba entonces con toda su alma proseguir la trayectoria de sus antecesores y brindarles todos los elementos que necesitaban para su cultivo intelectual y de toda índole.

Porque, aparte del doble que pudiéramos denominar negativo de la personalidad de la faraona Cleopatra, sin duda fruto de su sangre podrida, herencia de consanguinidades, de vicios de toda índole, de ilegitimidades y escándalos, crímenes y torceduras, sin embargo, en los ratos serenos, predominaba en esa compleja reina la gravitación hacia lo más puro y noble de los primeros Tolomeos, sus antepasados de origen griego y descendientes directos del Conquistador.

En tales momentos de conciencia y de sintonización con su Yo superior, Cleopatra deseaba con toda su alma proseguir la obra cultural de sus progenitores.

Anhelaba, no sólo proseguir su obra, sino incrementarla. Poseía ella un caudal de conocimientos adquiridos y de ideas propias, así de tipo concreto como de orden trascendental. ¡Oh, brindar al futuro lo más hondo y elevado de su ser, transferir su ambición a lo más noble, al acervo acumulado por el idealismo de sus abuelos, entreverarlo a su propio nombre, a su vida, a su perennidad!.

Mas la sangre la traicionó. Fue víctima de sus propias torceduras y de las causas creadas y por los naturales efectos de las circunstancias, que siempre les siguen. Cleopatra, encarnación casi divinizada como Faraona y sacerdotisa de Isis, había nacido en un período de transición cíclica y por tanto, de prueba. Y víctima de ese terrible caos, cedió a la contraparte negativa de su ser, con el que se sintonizaba. Comprendió que, a pesar de sus acendrados ideales, todo se le torcía en las manos. El destino negativo imperaba en su vida y ella misma había contribuido, con sus actos, a incrementarlo. Lo mejor de sus propósitos se le hurtaba y ella misma era espectadora de sus sucesivas desapariciones. Hasta aquel forzado segundo avatar de la Biblioteca que con tan malas artes pero con el mejor buen fin, ella recreara, y al que concedió sus desvelos para conseguir un segundo posible auge, atrayendo a sus aulas y a su amada ciudad el perdido prestigio, había caído en una vida lánguida y el vacío resonaba en sus estancias sabias...

Con la recreación, pues, del gran archivo del saber antiguo, no había hecho más, Cleopatra, que simular la reviviscencia del fuego sagrado de la cultura, ya que ella no pudo presenciar el posterior renacimiento de aquel selectísimo ambiente y de su finalidad nobilísima. Tenían que pasar algunos siglos... Y tenían que aparecer, a primer plano, dos hombres únicos, dos almas de selección que recogieran, en bandeja, lo que ella ofreciera, aún con torcidos medios, al mundo en la crisis del traspaso intercíclico...

Aquel día por ella soñado, llegó. Y la Escuela-Biblioteca del Bruquión, se transformó en la Escuela Neoplatónica de Alejandría, ubicada en el Serapión, junto al Templo del gran dios greco-egipcio... En el equinoccio oriental, bajo la mirada impertérrita, fija de milenios en el horizonte, no lejos, la Esfinge de Gizeh, esperaba...

Amanecía para el mundo el nuevo ciclo pisceano y los Padres Espirituales de la Nueva Era, esperaban también...

Capítulo IV
LAS ESCUELAS FILOSÓFICAS Y EL AULA MAGNA

Indudablemente, las antiguas Escuelas Filosóficas griegas - teniendo en cuenta las continentales de la propia Grecia y las de la Magna Grecia, así como las Isleñas y las del Asia Menor, todas consideradas helenas en su época - así como ciertos influjos de los núcleos llamémosles también filosóficos del oriente, medio o próximo, tuvieron, no sólo destacada estadía, corporación e importancia en el Aula Magna o lugar de englobe y vigencia, ubicada en la antigua Biblioteca y Museo alejandrinos, sino que revivían y se mostraban ufanos dentro de un común estímulo de tolerancia y de comprensión, propio del ambiente que los mismos Tolomeos - la ya fallida dinastía faraónica epígona- gestó en la un tiempo famosísima Biblioteca de Alejandría, malhadadamente destruida para la humanidad presente y la futura del mundo.

Ese espíritu de convivencia de tan diversas Escuelas y tendencias filosóficas en Alejandría, les ganó a todos el ostentado lema de eclécticos, sincréticos, filaleteos y teósofos.

Que todo lo eran todos en verdad y lo ostentaban en aquella mutua ayuda y fraternidad cierta que los unía, ayudaba y hermanaba.

Volviendo a los inicios, diremos que acaso la Escuela helena que mayor influjo ejerció desde sus comienzos en tiempos de la dinastía tolemaica, fue la estoica, a través, primero, del ejemplo convencitivo, de la virtud y espíritu de renuncia del fundador Zenón y todos los discípulos antiguos de la Estoa, cuyo último y destacado ejemplo fue el esclavo Epicteto de Hierópolis, cuya vida nobilísima abrió un enorme surco en la trayectoria no sólo cultural, sino religiosa de la antigüedad, y ya en la época postrera, por aquél meritísimo discípulo de Epicteto, el emperador romano Marco Aurelio quien, con su vida y sus famosísimos “Pensamientos” allegó auténtica inmortalidad y ejemplaridad a la filosofía estoica.

Porque, a medida que se percibía de modo más vívido el influjo de la nueva Era de Piscis, más viva aparecía la moral de los estoicos, su tolerancia, su pureza de vida y su espíritu de renunciación.

Sin embargo, surgió de entre la masa selectiva del Aula Magna, un individuo de gran solidez cultural, que parecía, en su actitud y en su vida, militar en el campo de la stoa, mas de origen hebreo y nacido en la profunda Alejandría, llamado Filón. El grupo de los hebraizantes, que fue siempre allí numeroso, acogió alborozadamente a ese filósofo de formación filosófica griega, como mensajero y auténtico mentor. Filón se hallaba muy bien relacionado con todos los grupos existentes en Egipto pertenecientes a su propia raza. Por ello, al encarnar como ninguno de los filósofos allí presentes el sincretismo y el filaleteísmo perseguidos, ya que hacía gala de vastos conocimientos de filosofía griega al par que de otras tradiciones, fundó allí, con el mayor estímulo, cátedra de ***gnosis*** basándose en el conocimiento hebraico y en todas sus tradiciones y símbolos.

En la cátedra de Filón el Judío se reunían buen número de esenios, sanadores hebreos que, según el historiador Plinio, habitaban durante muchos siglos en las orillas del Mar Muerto. Allí convivían en fraternal comunidad, compartiendo sus bienes, haciendo sus diarias purificaciones, ejerciendo sus reglas, sus simples ceremonias, viviendo sobriamente, con actitud purísima, consagrados a curar los cuerpos y las almas de cuantos a ellos acudían en busca de remedio y de paz interior. Ya que los esenios conocían el valor biológico de las plantas y sabían extraer de ellas las virtudes curativas, así como de todos los elementos de la Naturaleza. Por sus conocimientos astrológicos y ocultos, sabían extraer el espíritu de plantas y flores y practicaban con éxito sin igual la medicina natural y espagírica.

Con ese grupo mostraron especial afinidad los herméticos llegados a Alejandría generalmente del alto Egipto, quienes se preciaban de poseer copias de obras valiosísimas, de tradición hermética, cuyos originales habían desaparecido al incendiarse la primera Escuela de Alejandría ubicada en el barrio bajo del Bruquión.

Contribuyeron en gran medida, en los currículos del Aula Magna en torno a la Biblioteca de Alejandría, el conocimiento de la yoga real o yoga raíz, por sus empalmes y disciplinas con los orientales, los agrupados gimnósofos asiáticos, a manera de anacoretas semidesnudos de los montes y selvas, que efectuaban sus dilatadas meditaciones y sus estrictas disciplinas, tratando de vivir las tradiciones esotéricas en forma sintética y a su manera altamente efectiva de todo el oriente, especialmente de la India. Así que la aportación de los gimnósofos al acervo cultísimo de la Biblioteca del Serapión, segunda etapa de la antigua Biblioteca desaparecida del Bruquión,

se estimaba básica para el desenvolvimiento interior, y así lo creían los interesados y practicantes gimnósofos.

Los gimnósofos decían que el propio Alejandro, al visitar, en sus campañas, la India, se había puesto en contacto con ellos, con sus antecesores gimnósofos y les había invitado a visitar, a su vez, Alejandría, cosa que ellos realizaban, considerándose allí como en casa propia...

Allí, pues, en la famosa Escuela Alejandrina, fueron acogidos los gimnósofos viviendo de la dotación especial del Estado consagrada a los idealistas necesitados de protección, y gozaron mucho tiempo de cobijo, fama, ambiente y general ayuda. Y ellos, en compensación, dieron a conocer sus teorías y sus prácticas, especialmente la forma de sus meditaciones y prácticas de verdadera yoga que tanto contribuyeron al restablecimiento por Plotino y Amonio, del sistema de formación pitagórico-platónico, que logró imprimir la divisa y el nombre a la segunda etapa de la Escuela de Alejandría.

Al definirse poco a poco las nuevas tendencias integradas de la Escuela, se consideraron maestros y colaboradores, a Jámblico, el maestro sirio en el primer siglo de N. E., a Apolonio de Tyana (Asia Menor), de tónica pitagórica, aunque investidos ambos con la simbología y la efectividad de las pruebas y conocimientos de los Misterios, originarios casi todos de Egipto. Así que la cruz ansata, como símbolo de la vida eterna, les otorgaba a ambos la llamada inmortalidad y les daba categoría suficiente para que en el aula magna se leyeran sus obras y se hablara de ellos como auténticos constituyentes.

Discípulos de ellos se consideraban Plutarco de Queronea y también Fidón, el judío, que, sobre el conocimiento que poseían de todas las escuelas de filosofías griegas, asimilaron las prácticas y sabidurías orientales.

Ese eclecticismo se fue convirtiendo, andando el tiempo, en sincretismo o, según la expresión dominante, en Teosofía. No se trataba, como el anteriormente denominado eclecticismo, de la coordinación y fraternidad de escuelas filosóficas, sino de hallar su síntesis luminosa, su fuente original y primigenia de la que todas derivaban, alcanzando o presintiendo su causalidad, que incrementarían y corporizarían, al dar nombre y definitivo lema a la Escuela, Plotino y Amonio, el “Teodidacto”.

A todo ese creciente núcleo filosófico-religioso, se fueron uniendo individuos y breves sectas llegadas de lugares distantes del globo, atraídos por la fama y protección de que gozaban los allí reunidos. Mensajeros del hinduismo, del budismo, practicantes numerosos de yogas y de escuelas secretas de la India, así como taoístas meritísimos de la lejana China, quienes

hacían ostentación de profundo saber y de verdades básicas, así como de actitudes humanas profundamente convencitivas, todos ellos eran allí acogidos con auténtica actitud fraterna y hallaban apoyo y toda índole de facilidades. Que no en vano Alejandro, el fundador de Alejandría, imprimiera a la ciudad que llevaba su nombre el lema de "Broche de oro entre Oriente y Occidente"...

Sin embargo, el predominio allí de la cultura griega, como de la fundadora lagida dinastía de los Tolomeos, daba natural incremento a las cátedras de filosofía griega, aunque a todas incluían y estimulaban.

En esas cátedras numerosísimas, se estudiaban profundamente, por su valor educativo del hombre integral que allí se perseguía, las Escuelas primitivas u originarias de la antigua Grecia.

Y se resaltaba el valor de la Escuela de Mileto en tiempos en que ni siquiera se conocía el nombre genérico de ***filósofos,*** debido a la propia actitud de Pitágoras quien, al ser llamado por el rey ***sofós*** o sabio, respondió humildemente que él era tan sólo ***filósofo*** o "enamorado de la sabiduría".

A los componentes, pues, de la antigua Escuela milesia, se les llamaba ***físicos,*** a pesar de representar tal Escuela un pilón básico en la historia enlazada de la filosofía griega.

Ya que la llamada Escuela de Mileto, situada en el Asia Menor, a orillas del Mediterráneo, abrió sus puertas docentes a la más inquieta e inteligente juventud del mundo en el período precursor de nuestra civilización occidental. En aquella cátedra de especulación y controversia fueron maestro, Tales, el fundador, quien enseñaba que la creación del mundo era fruto de la humedad, del agua, la sangre de nuestro planeta.

Su discípulo Anaximandro fundamentó sus teorías en investigaciones propias y afirmó a su vez que la Vida se originaba en el ***apeiron,*** el doble del aire, el espacio infinito, principio inmaterial e incorruptible, en el que alentaba el Espíritu, unidad en el tiempo y la distancia.

Su sucesor en la acreditada cátedra milesia, fue Anaxímenes, el último ***físico*** realmente importante de aquella famosa Escuela quien, sin dejar de aceptar los principios de sus precursores, afirmaba que había un tercer ejemplo de vida creadora: el fuego como elemento y principio de la Vida. Ya que el calor lo recibíamos del Sol central y ese calor sostenía la Tierra y a todos sus habitantes.

Pitágoras, el Maestro de Samos, discípulo primero de los milesios, iniciado y formado en los Santuarios egipcios y en sus Escuelas de Sabiduría, recorrió Asia y llegó hasta la India, donde se afirma que departió con el propio Buda de los principios trascendentes de la filosofía. Pitágoras, esa relevante

Figura, fue el primer gran pedagogo de la humanidad, al convertir su Escuela de Crotona en internado destinado a formar a la mejor juventud de Grecia y del mundo, surgida de todas las clases sociales. El primer ***filósofo*** era consciente de la Era que iba a comenzar y se esforzó en dar las síntesis y en señalar el sendero de la filosofía integral, para la formación del hombre y de la mujer armónicos, al mismo tiempo que en la debida medida, daba a conocer al mundo las verdades básicas y la actitud interna del verdadero filósofo.

Paralelamente a la Escuela Pitagórica surgió en la Magna Grecia, en Elea, con Parménides, allí nacido - por él fue llamada Escuela Eleática - un núcleo filosófico de altísima significación. Entre sus afiliados se cuenta Jenófanes que, aunque nacido en Colofón - Asia Menor - se estableció en Elea y militó en la Escuela de Parménides aunque tuvo por misión especial recorrer el mundo de entonces recitando sus poemas filosóficos y cosmogónicos, sus principios sobre la divinidad y el hombre, dando a conocer el ***ente,*** el ***on*** o principio divino latente en todo ser, que fue el principal contenido de la filosofía parmenidea. La enseñanza errante de Jenófanes era especialmente discriminativa del aspecto externo de la religión imperante y en sus cantos de auténtico aedo precursor del gremio, presentaba a los dioses y sus leyendas en el aspecto esotérico, no en el antropomórfico, como fuerzas de la Naturaleza y del Cosmos, actuando en el mundo y en la vida humana. Fue, en suma, un auténtico aedo - cantor vagabundo - poeta y rapsoda magnífico, que divulgaba las más elevadas enseñanzas a manos llenas y la sabiduría oculta en los mitos gracias a la envoltura poética que los eternizaba y a través, también, de la propia experiencia y recepción directa, la meditación y el estudio.

Entre los más importantes filósofos presocráticos, se situaba precisamente a Parménides. Ya que si su más trascendental teoría se basaba en el ***on*** o individualidad divina en el hombre, le convertía en ese hecho en microcosmos al desvelar la contraparte consciente y trascendente de su ser. Si a ello se llegaba mediante el ***nous*** considerado como mente superior, el vehículo de la mente superrazionadora o intuitiva, se podía alcanzar la superior verdad o ***aletheia.*** De ese modo podía manifestarse el ***on*** en todo su esplendor o sea, el yo divino en el hombre, capaz de penetrar todos los misterios cósmicos.

Dentro de esa ideología eleática, aparecen, después de Meliso, Heráclito y Demócrito, que hicieron hincapié en los principios esenciales de la sabiduría enseñada mediante la dialéctica.

Posteriormente, debemos enumerar, por sus valores intrínsecos, al gran Empédocles, fruto luminoso de todos los presocráticos, eleáticos y pitagóricos

sobre todo. Era natural de Sicilia y se le consideraba el primero de sus habitantes, por su identificación con el dios interno. Daba en forma poética sus teorías filosóficas. Remontaba su genealogía a los animales del mar y de la tierra, a los que cantaba como algo íntimo. Definió la deidad en forma de Luz y a los hombres como eternidades encarnadas y evolucionantes. Según Empédocles, el hombre fundamentaba su deidad en cuatro raíces: los cuatro elementos. Esa tetralogía emparenta al filósofo con los pitagóricos, así como su teoría de la transmigración de las almas o reencarnación. Pero en Empédocles esa teoría se enraíza con los biólogos. Y a través de su expresión lírica, enlaza, no sólo con los pitagóricos, sino con los propios milesios, especialmente, entre ellos, con los llamados atomistas: Anaxágoras y Demócrito. Y de esas afinidades deriva el origen de la vida, del movimiento y de la evolución, merced al choque de los elementos contrarios.

La valiosísima aportación al caudal eterno de la sabiduría, realizada por todos los presocráticos, hizo que el propio Sócrates, en quien culminó la filosofía griega, hallara un cuerpo de verdades capaz de que él uniera a una ética altísima, o sea, la verdadera actitud filosófica, a la sabiduría del corazón y de la mente superior. Su humildad, su capacidad de discriminación, su sentido pedagógico, le convirtieron en el más popular de los filósofos griegos siendo al mismo tiempo, el más temible de los sofistas o dialécticos razonadores, que tenían cátedra libre abierta en plazas y mercados de la noble ciudad de Atenas. Pero es que en Sócrates, toda la teorética, todo el brillante estilo de su propia dialéctica, tenían una finalidad esencialmente moral, una mira, un anhelo y una aptitud únicas para abrir las almas y otorgarles el toque capaz de alumbrarlas, de revelar su propia, divina sabiduría. No en vano tenía Sócrates por lema el famoso “Conócete a ti mismo” y decía jocosamente por calles y jardines, que él había heredado la profesión de su madre; que si ella era comadrona de cuerpos, él era comadrón de almas. Pero iba más allá como alumbrador de almas, y aún de su propia, altísima filosofía, con la ayuda del ***daimon*** que le guiaba y que él oía y que a él se revelaba en los momentos claves de la vida suya y de la ajena para darle el toque de lo conveniente y certero. Por ello la filosofía de Sócrates superaba a todas y nunca quiso ni pudo formar Escuela, ya que su éxito derivaba de sus propios medios y experiencia mediante su ***daimon,*** ese genio o ángel bueno al que escuchaba y obedecía. Por ello pudo en su postrer momento dar Sócrates al mundo y a la posteridad el más alto concepto posible sobre la inmortalidad del alma y del por qué de la vida.

A través de su pedagógica filosofía, armado con un sentido del humor y de la ironía, envuelto y apoyado en la defensa natural e invisible de una total impersonalidad y un estoicismo sin par, iba Sócrates, con su aire un tanto populachero, entremezclado con el pueblo y en banquetes y reuniones públicas, siempre en busca de almas, sin distinción de categoría social o cultural o de investidura propia. Y exteriorizaba, así, la verdad de las almas ya que sólo iba en busca del conocimiento propio existente como depósito divino en toda alma capaz de revelarlo. Y Sócrates manifestaba el parecer de que todo el mundo era capaz de revelar ese luminoso misterio si era debidamente requerido, puesto que la filosofía no era privativa de unos cuantos...

De ese modo, en aquellos cruciales momentos de inquietud interna y de protección oculta, Sócrates como mediador del gran ángel, requería a los demás preferentemente encaminados a formar la nueva juventud. Les inquiría, afeaba por lo común su falta de ideales, su materialismo, su abulia, su incredulidad, su falta de fe en sí mismos, su deliberada ignorancia del requerimiento divino en ellos mismos... Comprendido por Pericles, el alto gobernante de Atenas, dio Sócrates su mensaje al mundo. Más al morir el gran estadista y subir al poder los llamados treinta tiranos, fue víctima de envidias y resentimientos, ya que Sócrates rasgaba el disfraz de toda índole de hipócritas, enfrentando a las almas con su verdad. Y por ello se granjeó la terrible condena a muerte mediante la cicuta, que le brindó el pretexto de una defensa altísima y famosa de la exposición del mentado concepto de la inmortalidad del alma, tesoro perdurable de toda la humanidad.

Platón, su discípulo, popularizó en sus "Diálogos" famosos, no sólo el discurso de despedida de Sócrates, sino todas las enseñanzas de su maestro. Sobre sus conceptos, fundó Platón su famosa cátedra de la Academia ateniense en la que acudían todos los afanosos de saber de su época. De ese modo, en los Jardines de Academos, que Platón adquirió para convertirlos en sede de todos los filósofos idealistas, enseñó Platón las verdades fundamentales, expuestas en un estilo poético y dialogado, sumamente asequible a toda mentalidad, en forma deductiva.

De ese modo, nos ha legado Platón, no sólo la vida y la obra de su maestro Sócrates, sino su propia experiencia filosófica, sus principios de iniciado egipcio, de estudioso, de razonador, de viajero incansable, hasta llegar al sentido más limpio y prístino de la misión humana y a la razón última de los seres y de las cosas, fundamentados en la deidad existente en el hombre y en el Universo.

Hizo más Platón. No sólo fundamentó los principios de un Estado ideal, sino que hurgó en la superhistoria del mundo a través de su Diálogo “Critias” en que hizo don al mundo de la verdad del continente desaparecido de la Atlántida y del conocimiento de las matemáticas superiores a través del “Timeo”. Nadie como Platón ha legado a la humanidad semejante tesoro de sabiduría. Y como prueba de la excelencia de su siembra, diremos que nadie, desde que Platón hizo su don al mundo, jamás, en el término de dos mil quinientos años, ha podido superar el contenido filosófico de tales “Diálogos” platónicos que siguen constituyendo el más alto exponente de las verdades eternas.

Capítulo V
FUNDACIÓN DE LA ESCUELA NEOPLATÓNICA

Cuando, por vez primera, Amonio - retornado investido de una alta misión, del Templo Oracular de Amón, situado a lo lejos, en el Desierto Líbico - empleó la capacidad y los poderes allí obtenidos junto con la Palabra transmitida, reunió a los tres más entusiastas discípulos, y les impartió el espiritual bautizo.

Todos compartían sus preferencias por el gran Platón y por su maestro Pitágoras y aguardaban, pacientemente, el momento prometido de la consagración de la Escuela a sus espirituales directrices.

Eran los tres discípulos, Plotino, el más destacado, que representaba, dentro del Triángulo simbólico, la Verdad o la Filosofía integral. Herenio, que respondió al aspecto de la Bondad, consagrado a hacer resaltar la obra de los Ángeles o Eudáimones de la Era que comenzaba. Esos esforzados colaboradores ignorados de los hombres, tan dispuestos siempre a ayudarlos identificándose con el signo opuesto y espiritualmente complementario del que amanece por la precesión de los equinoccios, en tal caso, Virgo, y que, en virtud de las características de tal signo eran tales Ángeles, según los veía y trataba Herenio, casi femeninos de tan dulces y casi materializados en su esfuerzo de colaboración y ayuda a los devotos. Y por fin, Orígenes [2] de formación definidamente pitagórica, artista y especializado en arpas eólicas, o sea que encarnaba por inclinación propia, el aspecto de la Belleza en el triángulo pitagórico-platónico.

Con ellos, y a través del tácito juramento mediante el bautizo estelar de la misión transmitida en el momento cumbre por los astros escogido, comenzó su segunda época en la vida y en la trayectoria meritísima de la Escuela de Alejandría bajo el transmitido impacto de su lema platónico. De ese modo lograron revivir plenamente la Escuela Neoplatónica en Alejandría. Amonio Saccas, con sus tres compañeros y discípulos allegados, formarían la delantera de dicha nobilísima Escuela siempre en contacto con los astros y la gravitación cíclica del destacado momento histórico. De ese modo lograron impulsar y revitalizar, por su contacto directo con la astral voluntad, aquel

[2] Que nada tiene que ver con el Padre de la Iglesia del mismo nombre.

núcleo cultural lánguido, cuando apenas sostenía sus antiguas básicas prerrogativas ante el mundo.

Amonio, Plotino, Herenio y Orígenes, tenían una fe inconmovible en el Oráculo y sabían que el pasado sabio no puede morir nunca; que ellos eran los visibles instrumentos de su voluntad y que en ella subyace la semilla de todo avance, porque la evolución humana es ley y nada puede obstaculizar su desenvolvimiento. Sabían que la Sabiduría es eterna y que no es privativa de una determinada época, sino que, a través de su distintivo color, las vitaliza a todas. Y sabían bien, en su sintonizada e incrementada sensibilidad intuitiva cómo era necesario presentar la nueva filosofía en la Escuela renaciente; que era preciso justificar, en cierto modo, aquel lema zodiacal pisceano para que apareciera, en toda su majestad y con toda veracidad en aquellos difíciles momentos, lo que había de resplandor y de fe en la línea de la sabiduría pitagórica y platónica.

La divisa satisfizo a ciertos ansiosos de sabiduría acogidos en la Biblioteca del Serapión y que se hallaban dispuestos a colaborar con los cuatro enviados de los astros. Todos anhelaban, en suma, hacerse transmisores de la nueva misión histórica de los tiempos inaugurados.

Y en el momento y día más propicios se abrió aquella maravillosa cátedra de nuevo, bajo el lema de Escuela Neoplatónica, donde se acogían todas las opiniones, como cátedra libre que era.

Los iniciales mentores cuidaban de sólo sumarlas y encauzarlas, tratando de pulsar el latido ardiente de todo corazón dispuesto a afiliarse a aquel centro tradicional de la sabiduría eterna.

Plotino, considerado el más acendrado filósofo entre los cuatro y que se hallaba en posesión del pleno conocimiento del mundo culto y conocía todas las tendencias filosóficas del pasado y del presente, justificaba la característica y la experiencia de cada núcleo allí acogido y las estimulaba. De ese modo iba logrando la natural expansión e incremento de dichos núcleos y su resonancia más allá de la Escuela, en el amplio mundo.

Sabían todos que lo que hacía falta era eso: participar de la divina gracia, sin prescindir del sagrado ***nous,*** alimento de toda auténtica filosofía.

Y sabían que se trataba de la reunión de grandes egos, seres armónicos y completos en posesión de una mente superior y sensibles al proceso del mensaje directo al servicio del Espíritu.

Los medios para alcanzar ese estado completo, podían silenciarse, pero no el resultado de la misión derivada, una vez ese estado alcanzado, por el que ellos, los cuatro, velarían siempre.

Plotino, que ocupaba con frecuencia la gran cátedra, explicaba a los más predispuestos que los estados de paz, de beatitud, de divina armonía, debían lograrse a través de la contemplación interna. Decía al respecto: “Toda la inmensa actividad del Universo se desarrolla en virtud de una armónica contemplación… Y es por ella (por la contemplación) que el alma retorna a su originario principio. Cuando volvemos la mirada hacia las cosas de aquí abajo (las cosas materiales) dejamos de contemplar. Pero cuando la dirigimos hacia lo superior, alcanzamos el más elevado estado de contemplación. Alcanzar esa meta es dado solamente a los que renuncian a todo por obtenerla. Entonces alcanza el hombre la suprema felicidad, la más incomparable dicha con que se pueda soñar… A través de tal contemplación se alcanza la unión mística con el originario Principio, se realiza el éxtasis. Los que ignoran tal estado, imaginan que la comparación se halla en los placeres amorosos de tipo inferior, pero ignoran la realidad de esos otros amores… El alma vive otra vida cuando se acerca a ellos. Entonces es cuando el alma se une con Dios”. “El éxtasis es como un ***salto hacia fuera*** y cuanto más se adentra el alma hacia sí misma, más próxima se halla de salir fuera de sí. De ese modo, es el éxtasis un salto hacia Dios”. (***Eneadas*** “Sobre la Contemplación”).

En este estado hablaba Plotino a sus devotos auditores seguidores de distintas escuelas de filosofía, en su propio lenguaje, pero en forma trascendente. Y hacía historia de la filosofía y de su significado. Y hacía hincapié en el valor fundamental de la escuela de Elea consistente en la afirmación de Parménides, su precursor, de la existencia del ***On*** o principio inmortal o divino en todo individuo. Ese superior reconocimiento del individuo y su contraparte superior divina, tenía el enlace del ***Nous*** o mente abstracta superior. Y ambos aspectos, el ***Nous*** y el ***Eros*** (en sus orígenes el amor divino) justificaban al ***On,*** Individualidad suprema o divina en nosotros. Puédese afirmar, según Plotino, que con Parménides y su escuela, se inicia la verdadera filosofía con cuanto tiene de ética suprema y de principio absoluto. Mas el refrendador que sentó las bases de tales principios y los introdujo como sistema integral de vida, fue Pitágoras y su Escuela. El ideal de Pitágoras fue esquematizar la filosofía como sistema de enseñanza. Para él el máximo tratado superfilosófico consistía en el triángulo con los diez puntos inscritos de la famosa Década, que resumía todo sistema filosófico, por elevado que fuera, desde el Número trascendente hasta el fundamento cualitativo de todo sistema pedagógico fundamentado en la evolución y preparación de los más aptos. En cuanto a Sócrates fue afirmador del pasado porque encarnó su síntesis en su ideal directo de hacer emerger, como filósofo de la calle, las

facultades preconizadas innatas en el hombre y enseñadas por sus antecesores. Y fue precursor en el sentido pitagórico y platónico de la palabra, educiendo de todo individuo con el que se ponía en contacto, la divinidad latente.

Para ello, ayudado por su buen Daimon, trataba siempre de que se manifestara en todo ser y en cualquier lugar, su mente ancestral, su divino Ego y su saber innato, su ***teorética*** propia, su sistema de educción de la filosofía.

De él aprendió esencialmente Platón, no sólo el amor, que confesaba Sócrates que era "de lo único que sabía un poco", sino que, desde su libre cátedra de los jardines de Academos, no sólo fue glosador de todas las verdades que no escribiría nunca su maestro Sócrates, sino que, al ser iniciado en Egipto y alumno de las anexas Escuelas de Sabiduría de los Santuarios, se hallaba en posesión no sólo de la actitud filosófica, sino de la ética profunda al par que de todos los conocimientos mentales y supermentales. Pero tuvo sobre todo ello una virtud fundamental: nunca dejó de ser poeta, glosador de la belleza infinita y así lo patentizó en sus "Diálogos". Y a la par, dejó bien sentado en ellos los principios inviolables de la superhistoria al relatar la verdad de la sumergida Atlántida y ofreció por fin al mundo futuro en forma de utopía una avanzada del Estado ideal, la República modélica del futuro. Por todo ello; creyeron conveniente sobre todo Plotino y Amonio, dar el nombre y la divisa de ese gran filósofo al segundo avatar de la Escuela de Alejandría de la que ellos eran los responsables y mandados a vivificar. Y la llamaron Escuela Neoplatónica de Alejandría, imprimiendo en su pedagogía la gran enseñanza legada por Platón. Al abrir ese filósofo los ojos a la luz del mundo - contaba desde su cátedra del aula magna Plotino - sus padres lo consagraron a Pan, a las Musas y a Apolo, el dios de la Luz y de la vida, puesto que Apolo era el dios solar por excelencia en la mitología griega. Y se contaba que, en el decurso de la consagración, las abejas iban depositando en la boca del infante dormido, miel, para que hablara dulcemente.

Contaba Plotino, que el niño Platón, fue engendrado en momentos señalados por los astros a cuyo mandato se sometieron sus conscientes padres. Así fue hijo de la más alta moral, de la espiritual belleza, ejecutor de la armonía cósmica de la que Apolo era divino símbolo. Al llegar a la adolescencia, se consagró de lleno al estudio. Aprendió matemáticas, geometría, oratoria, danza, astronomía, idiomas, canto, música, además de todo el contenido de esas altas universidades del saber que se abrieron para él más tarde en el país del Nilo sagrado. Allí supo el valor trascendente de los símbolos, de los cuerpos geométricos primarios, de los preceptos metafísicos, de los números como matemática celeste, que más tarde afianzó entre los

magos persas y los sacerdotes caldeos, la ciencia cíclica de los astros así como la judiciaria.

Toda la sabiduría posible acumulada en el mundo a través de las edades, la conocía Platón, ese hombre que fue suma de filósofos y sobre todo, prosecutor de Pitágoras ya que a través de las notas que adquirió de Filolao, conoció la esencia de sus enseñanzas, el ***Hieros Logos*** o guión de su Escuela crotonia, además de cuanto conociera a través de Arquitas, de Timeo y de Eudoxio, grandes pitagóricos. Y como ejemplo de su desinterés y consagración a los demás, contaba por fin Plotino que Platón daba sus enseñanzas gratuitamente. Y al finalizar su parlamento, no dejó Plotino de mencionar el valiosísimo asesoramiento que todos poseían de Amonio. Y citó por fin esas simples palabras que justificaban la divisa de la nueva Escuela:

En la Academia de Platón, se repitieron siempre estas palabras de su túmulo conmemorativo existente en los mismos jardines donde diera él su enseñanza: "Los dos grandes seres Asclepio y Platón, deben su existencia a Apolo. Uno, para curar los cuerpos; otro, para curar las almas…"

Y las anchas puertas de la Biblioteca, y de la Escuela Neoplatónica, se abrieron acto seguido a todos los anhelosos de sabiduría del mundo…

Capítulo VI
PLOTINO

PLOTINO nació en Licópolis, humilde poblado del bajo Egipto, a principios del siglo tercero de nuestra Era, cuando era más encarnizada la encrucijada política y filosófica de aquellos azarosos tiempos de traspaso de uno a otro ciclo de civilización.

Oriundo de familia culta y pudiente, recibió una educación esmerada y completa. Cuéntase la anécdota de que fue acaso excesivamente mimado por sus padres y por su nodriza, hasta el punto de que era casi adolescente, ya que su edad rayaba en los dos lustros, cuando, en tanto destacaba en sus estudios filosóficos y culturales en general bajo el patrocinio de excelentes tutores y pedagogos, su nodriza seguía amamantándolo.

Sus compañeros le afearon la costumbre y entonces, manifestó deseos de dejar el ambiente familiar y proseguir sus estudios en Alejandría, que era, a la sazón, el más vitalizado centro de la cultura greco-egipcia del mundo. Y en las aulas sabias del Serapión alejandrino, que inaugurara la infeliz Cleopatra después de llorar amargamente la destrucción por incendio de la primera gran Biblioteca del barrio Bruquión; completó Plotino su enciclopédica cultura, ayudado por los sabios archivos, la atinada guía de sus profesores y el ambiente de los cultos y varios amigos que allí encontrara.

En aquellas aulas sabias que tanto frecuentara en su mocedad Plotino, y donde se albergaban las más destacadas selecciones humanas, encontró toda índole de conocimientos y frecuentaciones útiles. Allí supo de todas las escuelas de filosofía, de todas las religiones, de todas las razas, las peculiaridades de todo país, de sus costumbres, de sus ideales.

Por su avidez y por su mente despierta y cultivada, asimiló allí, en el decurso de su sana, bien dotada y hermosa juventud, todo el saber conocido.

Sin embargo, con el tiempo, se fue apoderando de Plotino, a medida que culminaban todos sus saberes mundanos, una extraña desolación, un gran vacío interior. En sus introversiones, se decía: “En verdad, no es todo esto lo que buscas. La sabiduría del ojo, la mental, apenas puede satisfacer la sed interior del alma. ¿Dónde, pues, hallar?…”. Y se perdía, el joven filósofo, en una red infranqueable de preguntas que no podían obtener satisfactoria

respuesta. Y comenzó a vagar, errático y entristecido, por las peñas tenidas por sabias y por los solitarios paseos y jardines alejandrinos en cuyas bellezas hallaba a menudo especial y gozosa contemplación.

Mas a menudo murmuraba: “Necesito saber algo más. El corazón me dice que, más allá de toda dialéctica, de todo conocimiento mental, de toda definición simbólica, existe otro saber basado en experiencias directas de índole superior y cósmica…”

En verdad, el signo que, por oriente amanecía en el equinoccio primaveral exigía, de los seres sensibles y predispuestos, algo más, ya que, tratándose del regente, planetario del signo de Piscis. Neptuno, se consideraba perteneciente a una octava planetaria superior y por tanto, su influjo era ultrasensible y su movimiento rotatorio sobre sí mismo, inverso al de los otros planetas conocidos. Por todo ello, desvelaba el ciclo amaneciente enormemente la psiquis en los individuos sensibles y puros y había que emplear otros resortes infrecuentes para adaptarse y trascender las complejísimas condiciones del nuevo equilibrio y del contentamiento.

Plotino lo sabía, aunque no dejaba de patentizar el profundo descontento de su vida y las enormes dificultades del traspaso cíclico.

Sin embargo, la ayuda superior acudió un buen día a él. Uno de sus compañeros le habló de un humilde filósofo sin escuela. Amonio Saccas, que compartía su vida entre repartir bultos en el muelle de la ciudad y sus aledaños y asistir algunos momentos a las aulas sabias del Serapión escudriñando la Biblioteca y las almas que encontraba…

A Plotino le interesó en principio cuanto logró saber de aquel extraño maestro. Se hizo conducir ante su presencia y al hallarse en su contacto en las cercanías del lugar donde ejercía su modestísima profesión y mirarle luengo rato en los ojos, envuelto en el halo radiante de su aura, exclamó al tiempo en que se humillaba ante él, Plotino: “¡Este es el hombre que yo buscaba!…”.

Por fin, había encontrado Plotino a su maestro.

Y todos los pretendidos sabios de entonces, los infatuados por su erudición y su mental saber, no comprendían cómo un filósofo perfecto como Plotino, para quien no tenían secretos las diversas escuelas de filosofía, razonador como ninguno, orador cumplido, expositor de principios, hombre cultísimo introducido por su situación y sus conocimientos propios en todos los medios sociales y que era bien acogido en las mansiones nobles y en las peñas de los filósofos, no se explicaban que fuera buscando la superior verdad del espíritu y que se inclinara ante un ser modestísimo, cuya elocuencia y

erudición se ignoraban y cuya posición social era ínfima. ¿Qué podía enseñarle al gran Plotino, en suma, el modestísimo Amonio Saccas?.

Y es que en su viaje como elegido del dios Amón, a su Templo Oracular del Desierto Líbico, había recibido, como excepción, el bautizo oculto de la Nueva Era de Piscis. Y los sacerdotes bautistas, videntes de la calidad de las almas habían depositado en el gran Saccas la semilla inviolable del Espíritu y le habían investido con la hegemonía espiritual de la nueva Edad al transferirle el poder del Espíritu Santo…

Ese poder, consecuencia del bautizo, representaba en lo real vincularlo a las fuerzas cósmicas, a los altos dirigentes de la Era recién iniciada. Representaba, en fin, despertar sus cuerpos superiores y hacerlos receptivos al mensaje espiritual, más allá de toda doctrina mental conocida.

Desde aquel momento trascendente en la vida de un ser de la categoría del Saccas en que al hallarse investido experimentara la rajadura de su velo de limitación y trascendiera la tupidez de la mente, supo todo sin haber aprendido. Recibía la verdad de los seres y de las cosas por contacto directo. Sabía su propia pequeña verdad y la porción que necesitaba de la otra Verdad Cósmica. Nadie tan capacitado, pues, como Amonio para transmitir aquella divina semilla en el alma de los predispuestos para hacerla germinar, capaces de vincularse con los grandes Angeles o Dáimones transmisores de Luz en los espacios infinitos.

Amonio, en suma, había sido elegido para transmitir el divino mensaje.

Rondaban en aquel entonces en torno a Amonio, Herenio y Orígenes junto con otros pretendidos discípulos, aunque no preparados para recibir el bautizo espiritual de la Era iniciada. Pero Plotino, Herenio y Orígenes fundieron al conocerse sus almas y coincidieron en el mismo cíclico ideal. Tenían todos madura al alma para ello. Y conjuntamente, formando gloriosa tríada, Amonio les otorgó el contacto de su ser con la Entidad Cósmica. Un lazo intensísimo les uniría ya siempre a la super-comunidad de los elegidos.

En adelante, unificados con ese poder superior omnisciente, andarían por la vida dotados de ese infalible don oracular del conocimiento directo. Su natural solícito y expectante, les convertía en mensajeros de otras verdades de las que las escuelas de filosofía conocidas no eran más que el umbral mental.

Sin embargo, ellos no tenían que ladear ninguna verdad sabida, ningún conocimiento adquirido, sino iluminarlos con ese contacto que habían obtenido el privilegio de transmitir por don directo y natural, cuando el principio superior o apolíneo lo requería y había en el solicitante el requerimiento vital de esa necesidad de orden superior.

Ellos serían, en adelante, los tres primeros discípulos o bautizados de Amonio formando una tríada afectiva, juramentada, dispuesta a transmitir al mundo el mandato de los astros vigentes.

Plotino sintió el impacto en toda su trascendente madurez de filósofo integral y de iniciado en los Misterios de Egipto, su patria. Meditó largamente, incubó aquella siembra recibida de su maestro Amonio y al retornar a su mundo habitual, a las aulas sabias de la Escuela de Alejandría, donde se albergaban las más preclaras inteligencias del mundo conocido, gravitó otra vez, aunque con un sentido de orientación nuevo, hacia los escritos de Platón, al que presintió investido de algo más que de su saber filosófico. Y hurgó largamente, en una forma inédita, en sus escritos y en su vida…

Vio el anuncio de su misión en aquel acto de consagración de sus padres al Espíritu de Apolo. Presintió la colaboración de las Musas invocadas y de los genios de la Naturaleza… Y cuando ya casi hombre, el padre lo presentó a Sócrates, cuando acababa éste de tener un lúcido sueño en el que un cisne se refugiaba en su seno, el famoso filósofo lo relacionó con la llegada a él de Platón, al que acogió complacido y al que formó dentro de cánones de su propia dialéctica, sin dejar de considerar al joven como prototipo viviente del individuo armónico, dotado de una gran base moral, mental y espiritual.

No en vano, al nacer Platón, sus virtuosos padres lo habían consagrado a Apolo, el dios de la Luz y que luego, en una especial ceremonia, lo habían ofrendado a Pan - que representaba todas las fuerzas de la Naturaleza - y a las Musas.

En el decurso de su formación, aprendió Platón toda Verdad, Bondad y Belleza preconizadas por Pitágoras, libando en todas las escuelas de filosofía a su alcance. De su gran antecesor, Pitágoras, del que Platón se consideraba discípulo, aprendió los fundamentos humanos y divinos de la pedagogía integral a través de su ***Hieros-Logos*** o Palabra Sagrada, Guión esotérico de su enseñanza. Ello sin desdeñar la práctica de sus Versos Áureos, de tan hondo sentido ético y la simbología de los cuerpos simples geométricos o polígonos regulares, relacionados con los dados, de los llamados “juguetes de Dionysos niño”, de la astronomía, de la música. Supo del valor trascendente de los números a través de los caldeos, los ciclos históricos y la astrología judiciaria por los persas. En sus frecuentes viajes, conoció a Timeo de Locres y a Eudoxio de Gnido, a Aristóteles, a Zenón el ecléctico. En su viaje a Siracusa, púsose en contacto con el tirano Dionisio y con su descendiente Dión y como contraste, concibió su República Ideal, el gobierno de los filósofos. En su época de plenitud, fundó su cátedra de filosofía en los jardines de Academos,

en los alrededores de Atenas, y de ellos se derivó su famosísima y concurrida Academia. Allí, al aire libre, bajo los árboles, entre flores, sobre bancales y céspedes de permanente verdor, dio Platón a sus inmortales enseñanzas, impregnadas siempre del fruto obtenido en los misterios egipcios. Murió Platón muy anciano, en el decurso de un banquete nupcial y todos los atenienses se unieron para erigirle un túmulo que representara la gratitud de todo un pueblo y del mundo entero.

Al revivir esa vida ejemplar, el filósofo Plotino, comentaba sus ejemplos y proclamaba su propia trayectoria. Todo se le debía a él y la lánguida vida de la Escuela de Alejandría, resurgiría siguiendo las huellas del inmortal maestro… Y repetía aquellas frases fundamentales de Platón entre los filósofos que lo rodeaban en las aulas sabias de la Biblioteca, en que dejara fundamentalmente testificado que ningún mal pueden enviar al hombre los dioses, sino la propia ignorancia humana y la tergiversación de las dádivas naturales. Que la muerte nunca es nociva y filosofar sobre ella es el mayor auxilio que se puede brindar a la humanidad doliente y atemorizada, ya que filosofar es amar la virtud, es aproximarse a los dioses, es investirse de la voluntad de la Naturaleza y del Universo, desprendiéndose de las ataduras materiales y librar el alma a la contemplación de la belleza, del amor y de la sabiduría, que conducen a la inmortalidad.

Ofrecía Plotino los ejemplos de Platón al considerar la mitología originaria, como poema pleno de significados trascendentes, ya que, aparte sus componentes históricos, su superior simbolismo entraña verdades y enseñanzas que con el tiempo, desprovistas del revestimiento poético, caerían en el olvido. Por ello hemos de tenerlas por ficciones maravillosas, por fórmulas filosóficas y religiosas, por enseñanzas esotéricas con clave poética, que otorgan una superconciencia a los hombres y les ponen en contacto con la Divinidad. Por tanto, hemos de considerar a los dioses como fenómenos cósmicos y naturales ya que la mitología no es más que un politeísmo filosófico y poético de la más alta calidad. Bajo el bello ropaje de los relatos, hay verdades profundas, ya que los antiguos sacerdotes - filósofos - iniciados, eran auténticos pedagogos. Por todo ello hemos de considerar el mito con clave trascendente y no sólo como juego del espíritu. Al envolver el velo de la poesía las más hondas verdades filosóficas, las convierte en permanente ofrenda a la humanidad despierta.

Al vislumbrar de modo tan claro y diáfano el gran Plotino la creciente Figura de Platón, daba a conocerla, aplicando a la persona la trascendencia de

su sabiduría, desde el destacado puesto que ocupaba, por su prestigio, en la Biblioteca, el maestro alejandrino.

La responsabilidad del medio, el fervor que tales doctrinas platónicas inspiraban a los acogidos al centro cultural oficial de Alejandría, los frecuentes requerimientos de que era objeto y el éxito de las constantes exégesis y comentarios a los "Diálogos" de Platón, impulsaron a Plotino, asesorado por su maestro Amonio y por sus dos íntimos compañeros Herenio y Orígenes, a dar estamento oficial a la segunda etapa de la gran Escuela de Alejandría, con la divisa y el nombre de Escuela Neoplatónica de Alejandría.

La siembra espiritual de Plotino, al frente de la Escuela Neoplatónica fue inmensa y se prolongó durante buen número de años. A ella consagró lo mejor de su vida. Y dice su biógrafo que la presencia del gran filósofo en la tribuna del aula magna acrecentó en gran manera el interés por la trascendente sabiduría platónica y plotiniana. Y habla de su biografiado en forma elogiosa aún en el sentido físico, ya que describe a Plotino como persona de gran prestancia física. El filósofo alejandrino, director y alma de la renacida Biblioteca del Serapión, era alto y bien desenvuelto, hermoso de cuerpo y de alma. Dice que se hallaba como transpuesto, cuando trataba de los más elevados y sutiles temas desde su alto estrado, se perlaba de leve sudor su semblante, se encendían sus ojos, roseaba su color y que entonces estaba realmente hermoso.

Plotino permaneció en Alejandría, al frente de la resurrecta Escuela unos veinte años - lo mejor de su vida - y que, cuando consideró bien afianzada la labor de la Escuela Neoplatónica de Alejandría, partió para Roma, donde labores similares le requerían y allí instituyó otra cátedra de filosofía neoplatónica, famosa y concurridísima.

De aquella época nos relata su biógrafo Porfirio algunas anécdotas muy aleccionadoras. Entre ellas que, entre sus más adictos discípulos se hallaba uno llamado Amelio. Este admiraba tanto a su maestro que un día osó pedirle permiso para realizar, de él, para la posteridad, un retrato, a lo que Plotino, con su natural modestia, se negó.

Entonces, ideó Amelio valerse de una treta para su propósito. Concertó con su amigo Cartelio, que era considerado, a la sazón, un excelente artista plástico especializado en retratos, que frecuentaría la cátedra de Plotino con el propósito de identificarse con la fisonomía y los gestos del gran filósofo, tratando de allegar de memoria datos con los cuales acaso podría realizar un retrato de Plotino de gran parecido.

Así lo hizo con la mayor buena voluntad Cartelio y gracias a su talento y dotes de observador y a la retentiva de los valores plásticos, obtuvo para su amigo Amelio que se lo encargara, un excelente retrato de Plotino.

Fue tanto, en aquel período romano, el prestigio que logró nuestro filósofo y tanta la fe y la confianza que inspiraba, que se cuenta que en especial varias mujeres maduras y algunas viudas que frecuentaban con sus retoños la cátedra de Plotino en su propia mansión, le rogaron que, en caso de desaparecer ellas, Plotino se hiciera cargo de las vidas y de los bienes de sus hijos o descendientes, cosa a la que accedió y cumplió como los mejores. Como consecuencia, cuenta su biógrafo que la casa de Plotino se hallaba siempre repleta de jóvenes, a los que educaba y administraba, tratando de hacer de ellos ciudadanos de provecho y educándoles de acuerdo con los ideales que aprendiera de Pitágoras y de Platón.

Por fin y con la colaboración entre sus discípulos, del propio emperador Galieno y de su esposa, ideó Plotino realizar en la campiña italiana, aquella ciudad ideal que planeara su maestro Platón y a la que él llamaría, en memoria suya, Platonópolis.

El emperador accedió a la idea y la demanda y también varios senadores, entre ellos Castricio, Orontio, Sabino y Rogaciano, éste último, acaso el más famoso de todos ya que se consagró de lleno a la filosofía sin dejar su cargo, a través del cual realizaba labores de asistencia a los demás como nunca de otro modo hubiera podido hacer.

Ya próximo al fin de su vida - vivió 66 años - Plotino, ansioso de seguir la trayectoria trazada por Platón, se trasladó a la campiña para crear el ambiente y los fundamentos de la Ciudad-Ideal. Pero una vez allí, sintió debilitarse sus fuerzas, contrajo una enfermedad de la piel que, junto con otra endémica de la digestión le obligaron a trasladarse a la morada campestre de su amigo Castricio, filósofo adicto suyo, situada en Minturno. Allí, practicó Plotino, al advertir que el hilo de su vida menguaba, la más profunda y continua introversión, entregado religiosamente a la Divinidad.

Al verle en tal mal estado, sus amigos acudieron a otro filósofo y amigo, médico de profesión, Eustoquio, que hizo cuanto pudo por él. Mas al aproximarse al enfermo, díjole éste, con débil voz: “Trato de brindar al Universo lo que en mí hay de divino”. Y acto seguido, expiró. Era el año segundo del imperio de Claudio.

Estas últimas palabras de Plotino patentizan, sin duda, el más alto ideal de un filósofo de cuerpo entero que rindió su vida y todas sus energías a la unión del hombre con la Divinidad.

Porfirio, su devoto biógrafo, consagrose entonces a agrupar los apuntes de su maestro y merced a su selección y ordenación, logró dar a la luz para bien de su época y de la posteridad, sus enseñanzas en nueve **ENEADAS** que representan el compendio, en la época alejandrina, de la más elevada filosofía del pasado y de todos los tiempos.

Capítulo VII
AMONIO, EL "TEODIDACTO"

El carro que conducía, a través del desierto Líbico, al "Saccas" y al sacerdote de Amón, el que había instigado al descargador del muelle de Alejandría a acompañarle al gran Templo Oracular del gran dios de la tradición egipcia, era propiedad del Templo y le parecía al "Saccas" relativamente cómodo y ligero. Mas el dilatado viaje por las monótonas perspectivas desérticas y el cegador polvillo del ***kamsin*,** el viento que solía levantarse después de la puesta del sol y que todo lo invadía, colándose por todos los intersticios y secando alarmantemente los ojos y la garganta, hacían el viaje fatigante y poco ameno. Mas a su lado, revestido con los atributos de su jerarquía religiosa, el venerable sacerdote de Amón representaba para el "Saccas" un ejemplo de obediencia y estoicismo al que de buena gana se sentía impulsado a imitar. El "Saccas" sabía que así en lo interno como en lo externo, el sacerdote obedecía la voluntad del dios y que se hallaba enteramente a su servicio. Por ello se limitaba al riguroso silencio del religioso y sólo contestaba cuando era expresamente interrogado por su mentor o por el sacro auriga.

- Pronto divisaremos, entre las dunas lampiñas del desierto, la obscura mancha del Oasis de Amón. ¡Ánimo, pues, viajero! - díjole al fin este último, arreando con renovado impulso el último tronco de las fatigadas caballerías.

El "Saccas" respiró hondamente, pero no dijo nada.

- Sí, prepárate para el divino privilegio –añadió el sacerdote. Yo creo ya divisar el brillante piramidión que corona los dos obeliscos de la entrada del Templo. Dentro de un día…

En efecto. Un día más y antes de caer la noche y soplar de nuevo el viento cegador del desierto africano, experimentaron todos el aroma lejano de las húmedas arboledas de sicomoros, adelfas, acacias, palmas datileras y morados tamarindos que rodeaban los jardines del Templo y sus mansiones, así como la aldea donde moraban sus humildes servidores.

Antes de cerrar totalmente la noche, se hallaban a las puertas del Oasis de Amón.

Era grato, después de la incomodidad de tantas jornadas de viaje por el desierto, respirar aquellas dulces oleadas de perfumes diversos y encontrarse bajo la sombra benefactora de las arboledas, por cuyas sendas se deslizaba, pródiga, el agua milagrosa.

Bien acogido en la mansión destinada a los visitantes, el “Saccas” se bañó en aguas abundosas y represcantes, comió opíparamente y descansó a sus anchas…

A la mañana siguiente le despertó un servidor del Templo, quien le entregó ropas talares de puro lino que olían a extraños perfumes cultivados.

Por fin, otro sacerdote provisto de antorcha le condujo, a través de una puertecilla, por un angosto pasillo que desembocaba al fin, después de descender por una rampa, en la cripta subterránea del gran Templo.

El “Saccas” paseó la vista en torno. Debido a la obscuridad reinante divisó una enorme cruz ansata que se hallaba erecta, como plantada, en una gran hornacina de la pared de fondo, toda rodeada de una difusa luz malva.

Su guía, precedido por la antorcha, le condujo por diversas dependencias de techo bajísimo, sostenido por amplias y rústicas columnas naturales. Por fin, le hizo seña de que permaneciera ante una especie de aljibe, repleto de agua transparente.

Entonces, una voz de procedencia ignota, pero de dulce y seguro timbre le habló así:

- “Saccas”, has sido llamado por el Oráculo porque sobre ti gravita una misión cíclica. Te hallas, pues, bajo la protección del gran dios del eterno Egipto. Nada temas. Has sido iluminado por la luz filosófica y has atravesado ya, debidamente dosificadas, las pruebas de los Misterios. Fuiste probado y venciste, aunque tu memoria física no guarde recuerdo de ello. Tuyo es también el fundamento del saber de las Escuelas anexas a los Santuarios. Más… No tienes nombre ni investidura ante nosotros. “Saccas” es tu apodo y sabemos cuán dignamente lo ostentas. Más no sólo es necesario ser humilde. Hay que obtener, con el bautizo sideral de la Era que comienza, el nombre que te sintonizará con las estrellas, con tu propia misión y con tu época. No será un bautizo sólo formal, sino que con él recibirás la Presencia y el Vínculo sagrado. Será también tu comunión, tu enlace con los divinos Padres, con las Fuerzas Cósmicas que actúan en estos momentos con inefable poder sobre la humanidad desorientada y descarriada. Con el descendimiento del Espíritu sobre ti, a través del bautizo de la Era que comienza, tendrás el poder de abrir interiormente a los individuos predispuestos. Necesitarás de ese poder en el futuro. Y serás más que un filósofo como has sido hasta ahora. Serás capaz de

actuar no sólo como filósofo o como taumaturgo, sino como Mediador y agente de los Poderes Cósmicos…

La voz que no pudo localizar, díjole al final:

- Después de esta simple ceremonia efectuada por sumergimiento en el agua debidamente preparada al efecto, se te conferirá la Palabra y sus inherentes poderes. Entonces te habrás convertido en el asistente directo del Espíritu de la Nueva Edad. Poseerás la aptitud de bautizar a tu vez y siempre emplearás el elemento líquido, cuya vibración es afín al signo que amanece en el oriente en primavera. El fenómeno oculto del bautizo equivale a romper en las almas el velo de la tupidez del signo muriente, como una vieja veste inservible, como una escoria cíclica, para que reciban directamente el celeste influjo del más allá y puedan ejercer su conciencia infinita. Desde ese instante, poseerás otra razón de las cosas y de los seres. Sabrás descubrir y alumbrar. Abonarás prodigiosamente la flor oculta en las almas. Y ellas se abrirán ante tu mirada y serán a manera de flores del jardín de los elegidos. Por tu labor de excepción, sólo cosecharás un nombre ante los hombres: el de tu dios, el de nuestro dios tradicional, el de tu tierra de origen. En el instante del bautizo, se te impondrá el nombre de Amonio, "Electo de Amón"…

Cuando, transcurrida la ceremonia de la inmersión y bautizo, se le preguntó a Amonio dónde deseaba actuar, contestó que en el muelle de Alejandría, transportando fardos. Y también como uno de tantos en el aula magna de la Escuela de Alejandría.

- Sé que algunos vendrán a mí y les daré lo que he recibido…

- ¡Que la bendición del dios te acompañe, como la de todos sus servidores!. ¡Vete, pues, en paz!.

Y el sacerdote bautista lo abrazó y dijole al fin:

- Te has convertido en uno de aquellos que velan por la suprema sabiduría y el bien de las almas. Mucho se te permitirá dar… ¡Vete, pues, en paz!…

Amonio abandonó el Oasis de Amón y sus bellezas, donde tan inmenso bien recibiera, con los ojos fijos en el otro bien abierto en posibilidad para él. Era otro hombre. Pero su devenir iba íntimamente unido a su anterior trayectoria. Era su puesto de trabajo… El lo sabía. Y los que le guiaban, también.

Otro carro de más modesta trayectoria, repleto de bultos y de encargos, le devolvió en unas jornadas, a Alejandría. Rememoraba…

Allí vistió de nuevo su túnica raída, invistiéndose con las correas, los ligámenes y las espuertas del oficio, y se dirigió al muelle… Esperó y trabajó.

Ganó el pan con el sudor de su frente. Más algo sentía en él que no hubiera jamás sabido explicar. Se sentía, en suma, otro hombre: el que había siempre y algo más…

Al terminar su trabajo, al cerrar el día, solía dirigirse, acompañado por un breve grupo de discípulos, a la Biblioteca del Serapión.

Una tarde comparecieron los habituales Herenio y Orígenes, dos fervientes platónicos y pitagóricos, acompañados de Plotino, al que casi forzaban ambos para que se aproximara a Amonio.

Por fin Plotino se serenó. Situóse frente a Amonio y los dos hombres se miraron un buen rato, frente a frente.

La faz de Plotino se transformó. Por fin cayó de rodillas ante Amonio al tiempo que murmuraba: "Por fin hallé a mi maestro… Haz de mí lo que creas más conveniente…".

Amonio ayudó a levantarlo. Y en tanto liaba sin decir palabras sus estros de trabajo, como distraídamente, díjoles a los tres por fin:

- Dentro de tres días, antes de amanecer, os convoco a los tres en el jardín solitario y trasero de la Biblioteca. Id con actitud propicia. Los astros colaborarán con nosotros… Purificaos y ayunad en tanto.

Mediante la más simple ceremonia del sumergimiento en el agua, distintivo del bautizo de la Era que comenzaba y con la acción conjunta de las palabras de poder que se le confirieron en el Templo de Amón; Amonio bautizó a sus tres discípulos. Y como confirmación oculta, confirmación divina y coronación del acto, al sumergirse al final en una profunda meditación, experimentaron el éxtasis de unión con el Espíritu Infinito.

Al verlos juntos, muchos de los llamados filósofos de la Escuela, que pululaban por las nobles dependencias de la Biblioteca, cuchicheaban entre sí:

¿Cómo es posible que un filósofo tan sabedor y completo como Plotino, atienda tan religiosamente al "Saccas" y considere su maestro a un simple descargador del muelle, que no es más que un aficionado a la filosofía?. El "Saccas", al que ahora llaman Amonio, se halla tan lejos de poseer el conocimiento completo de todas las escuelas de filosofía, que apenas se le puede llamar filósofo. En cambio, Plotino ha sido educado desde su primera infancia por los mejores pedagogos, ha completado sus estudios en las Escuelas de Sabiduría anexas a los Santuarios egipcios de tan elevada tradición y ha viajado lo suficiente para extraer las esencias de toda enseñanza en las localidades donde se originaron las diversas escuelas de filosofía griega.

Algo impartirá el viejo cazurro… - comentaban los mal intencionados y los despechados.

- Nosotros, los asistentes a esta cátedra y a esta Biblioteca, somos los únicos bien dotados los poseedores del saber real - decían los infatuados.

- No siempre la filosofía ha tenido por finalidad la formación del hombre superior - osó insinuar un alejandrino afecto al conocimiento de los astros.

- Verdaderamente, una cosa es la ética filosófica y otra el conocimiento mental de sus teorías - añadió un orientalista.

- La actitud religiosa es otra cosa, si es que a ello te refieres.

- Hay una superreligión que es como la flor suprema de la filosofía - insistió el orientalista. La yoga real es una prueba…

- Lo importante para nosotros todos es que se logre revitalizar la Biblioteca y el aula magna. Que actúe el más capacitado. Lo demás, no nos importa - dijo entonces un conciliador que frecuentaba con afán los anaqueles sabios de la Biblioteca.

- Efectivamente - comentó otro que pasaba. El que crea en los dioses, aquí tiene a Serapis, Egipto y Grecia conjuntamente lo han creado…

- Verdad. Estamos, más que en la época de los filósofos, en la de los creyentes - refrendó el conocedor de los astros.

- ¿Se trata de la fe ciega o de la fe razonada?. - Repuso un escéptico.

- De la fe filosófica. Platón sustentaba esa superreligión y ha sido el más alto filósofo habido - añadió Orígenes, con el deseo de conciliar opiniones y de llevar la corriente de pensamiento hacia lo que tenían proyectado. - Tratemos todos de no poner cortapisas a la colaboración de los demás. La obra cultural de Alejandría nos requiere a todos…

Plotino circulaba a la razón, como tenía por costumbre, por el aula amplísima de la Biblioteca, y habíase mezclado con el grupo de discutidores, afectos o disidentes a sí mismo, a su doctrina, a su maestro Amonio.

Y movido por su especial resorte interior, creyó llegado el momento de intervenir en las discusiones y lo hizo de este modo:

- Amigos todos: Mi actitud, entre tantas opiniones y tendencias aquí expresadas, tendrá que ser por mi propia naturaleza, no sólo conciliadora, sino coronadora de los principios expresados, ya que a todos por igual estimo y toda actitud por igual comparto. Por ello trataré no sólo de comprender, sino de elevar a su cima toda idea con buen corazón expresada. Antes, sin embargo, he de dejar sentada mi propia actitud y mi experiencia con respecto a mi maestro Amonio Saccas. Que conste que no deseo justificar su filosofía o la escuela a la que pudiera pertenecer si es que pertenece a alguna. No. Ante todo desearía deciros algo con respecto a él sin ánimo de justificarlo ni de

justificarme. Pienso sólo deciros la verdad. Sabed, sí, que el tipo integral humano no se basa solamente en la capacidad dialéctica ni en la erudición filosófica, como algunos han pretendido. Os confieso que yo no era, con todo mi bagaje de cultura, un ser completo hasta que conocí a Amonio. Porque él, con toda su ejemplar modestia, posee, por su investidura superior, la facultad de esa completación, a través de eso que los orientalistas llaman yoga real o unión con la suprema Divinidad y lo que pudiéramos definir hoy como unión con el Espíritu Santo, el Espíritu extra-cósmico… Los orientales llaman a esa dichosísima unión suprema, estado de Nirvana y nosotros, los occidentales lo definimos como éxtasis. Creedme, amigos: sólo mediante tal vinculación con el supremo Espíritu, se logra la completación. No importan entonces, demasiado, los valores mentales. Se puede ser un pequeño o un grande filósofo, se puede hablar elocuentemente o permanecer callado. Pero sin ese supremo contacto, sin ese bautizo o descendimiento del Espíritu Santo, la divinidad en el hombre, éste siempre será incompleto. Amonio podrá ser un filósofo de argumentos discutibles, pero su vida ha sido tan ejemplar, un ser tan bueno, verídico e internamente bello o armónico, que, con tal motivo, la Deidad viviente lo eligió para recibir el cósmico impacto. Y desde el momento en que recibiera la sin par investidura, ha sido apto a su vez para transmitir el alto poder a otros. ¿Comprendéis?. Ello no significa un reto para nadie. Que cada cual siga su camino, tratando de merecer más. Esa senda es infinita… De ese modo, llegaremos todos a constituir una hermandad ejemplar, una agrupación señera. Con la aportación de todos los valores humanos, podremos emprender la obra tradicional aquí, en este lugar predestinado, que nos requieren el tiempo y la historia. El mundo tiene puesta la mirada en nosotros.

Aquí Plotino fue victoreado, aplaudido y ensalzado por todos los presentes. Y reconocido por el máximo filósofo y la personalidad más destacada del aula sabia, le fue conferido por aclamación, el nombramiento de Jefe de la Escuela Neoplatónica de Alejandría. Y merced a la justificación y al elogio que hizo de su maestro Amonio, en adelante, todos tuvieron a éste por jefe espiritual de la Escuela renacida.

Plotino siempre apareció, al obtener su cargo y después de las palabras pronunciadas, en compañía de su maestro. Y siempre ocupó su lugar. Y como consecuencia, encauzó vidas y pensamientos, enseñó la ciencia de vivir armónicamente, aclaró dificultades, intensificó ideales y reveló siempre y en todo momento, el valor oculto y exegético de los principios sustentados por Platón y por su maestro Sócrates. Y como comentarista iluminado, envolvió sus principios y sus básicas verdades con el velo de una mística trascendente,

de acuerdo con la tónica del ciclo inaugurado de Piscis y del que se hizo portavoz.

Desde entonces, por su saber, pureza y gran idealismo, todos se agruparon en torno al gran Plotino. Era en verdad el máximo filósofo del aula, al que nadie osaba de lleno, discutir. Si alguien hubiera puesto reparos a su limpia actuación, se hubieran desvanecido por sí solos, ya que Plotino, nunca se justificaba. Lo hacía la vida por él.

Por su gracia y sabiduría, por su iluminada intuición, lograda a través del bautizo cíclico que le administró su maestro Amonio, había crecido su poder y su prestigio. De ese modo, encauzó y adoctrinó a cuantos le requerían, aclaró multitud de dificultades, afirmó ideales, enderezó a los caídos y reveló siempre y en toda ocasión, la trama espiritual que nos envuelve y que suma en el aspecto superior la filosofía con la religión, la virtud con el acendrado estudio de los sabios archivos, así como el estudio directo de la vida de las almas a ese conjunto de cualidades que deben ornar al anheloso de perfección y por tanto, al que tratara de integrar la renaciente Escuela alejandrina, lo denominaban Plotino y Amonio, Teosofía, o sea, la sabiduría divina que entraña la disposición, la manifestación y la conducta. Teosofía representa la suma de la esencialidad espiritual de todas las religiones y la fuente primigenia de todas las filosofías. Es la impulsora del individuo integral, incluyendo la conciencia de su divinidad, el espíritu que integra lo universal. Debido a esa teosófica vinculación directa, a su sabiduría infusa, se le llamaba a Amonio, el maestro de Plotino, el "Teodidacto", o sea, "el enseñado por Dios o por los dioses". Y como sea que la finalidad práctica que persigue la Teosofía es la confraternidad humana, incluyendo todas las tendencias, todas las religiones, todas las filosofías, todas las razas, Amonio y Plotino dieron a conocer entre los mejores afiliados a la Escuela y dispuestos a ser sus colaboradores, el lema ideal de la Teosofía.

En verdad, Plotino, al parecer de la mayoría reunía como individuo ese vasto ideal teosófico y por ello lo consideraban el más indicado para representar al nuevo giro de la Escuela, su renacimiento. Porque, conocedor como ninguno, no sólo de todas las escuelas filosóficas griegas, con sus alcances más elevados, sino de las enseñanzas orientales y del Asia Menor, que señalaba, vinculada a la filosofía, la forma de la investigación científica, con la aportación caldea de los números y su matemática celeste, dio siempre fe de esa moral superior, de esa ética superhumana que aprendiera de los sacerdotes idanos, auténticos terapeutas que con sus acendrados conocimientos de catarsis o purificación integral, eran capaces de curar los

cuerpos y las almas, ya que la Naturaleza procura todos los medios de alcanzar la armonía siempre que se obedezcan sus leyes. A todos los conocimientos y prácticas a que se había sometido Plotino, se sumaban sus experiencias de probación en el seno de los misterios egipcios, su patria, así como las puras enseñanzas herméticas que aún constituían la joya caudal de los archivos sabios de la Biblioteca de su segundo avatar.

Por todo lo antedicho y por insinuación directa del propio Amonio, acordaron que, en el más fausto momento del calendario sidéreo, coincidente con la más importante oleada de vida del año - la cruz cardinal del zodíaco - caracterizada por el advenimiento de la primavera, inaugurarían la segunda prometedora etapa de la Escuela.

En el momento indicado y con los mejores augurios, ascendió Plotino, teniendo a su derecha al gran Amonio Saccas y a su izquierda a Orígenes y a Herenio al estrado del aula magna y en presencia de la más destacada concurrencia de discípulos, filósofos y estudiantes habituales de la Biblioteca, anhelosos de la realización de antemano planteada, pronunció Plotino las siguientes palabras que sellaron en los espacios el más trascendental bautizo de la Escuela, con la divina se Escuela Neoplatónica de Alejandría.

Dijo:

- Amigos todos: el que de entre vosotros consulta a los astros, sabe que inauguramos una Era bajo el signo zodiacal de Piscis. Son, pues, estos momentos de trascendental responsabilidad para nosotros, los llamados a revitalizar en el llamado, con razón, “Broche de Oro entre Oriente y Occidente”, esta Alejandría que baña el sagrado Nilo y el gran Mar de las civilizaciones, la finalidad por la que aquí fue fundada esta aula a base de la más importante Biblioteca de todos los tiempos. Platón, es, a nuestro ver, el más completo filósofo, también, de la historia, el que resume todas las verdades de las escuelas del pasado y nos ofrece, en sus “Diálogos” de tan profunda enseñanza, el puente trascendental del traspaso cíclico. Pensad en este momento, que múltiples miradas, visibles e invisibles, se hallan fijas en nosotros. Hemos de hacernos dignos de estas miradas y de lo que significan para el presente y el devenir del mundo. Debemos, por tanto, traspasar ese puente enarbolando la enseña de la sabiduría y viviéndola…

Aquí se enardecieron los ánimos de todos los fervientes auditores y aplaudieron intensa y largamente al orador, alentándolo con señas y con palabras.

Plotino prosiguió:

- Ya que sois todos los aquí presentes confirmadores de la voluntad suprema sobre los humanos destinos, os diré en este instante cíclico, interpretando la voluntad suprema y la de todos los aquí congregados, que adoptaremos por lema de esta renacida Escuela, el nombre de Platón y el de su sabiduría, especialmente en su aspecto místico, que es el que cuadra y corresponde a la tónica del ciclo naciente. Damos palabra, sin embargo, de que nunca consideraremos la divisa como imposición, ya que aquí, en fraternal y concorde abrazo, se reunirán los representantes y sustentadores de toda posible filosofía, de toda religión, de toda raza y creencia, de toda tradición, de toda clase social, porque nada hermana tanto como la superior cultura que sustentamos. Así unidos, dispongámonos a servirnos mutuamente de soporte y de enlace para alzar bien alta la divisa y la cátedra del gran Platón, para que pueda servir al actual requerimiento del eterno Espíritu. Y ahora, abramos de par en par las puertas de esta Biblioteca de tan noble tradición, para que otras invisibles puertas se abran a los auténticos idealistas, y logremos así que, en contacto con la divinidad que nos asiste, podamos cumplir nuestra misión en el mundo naciente.